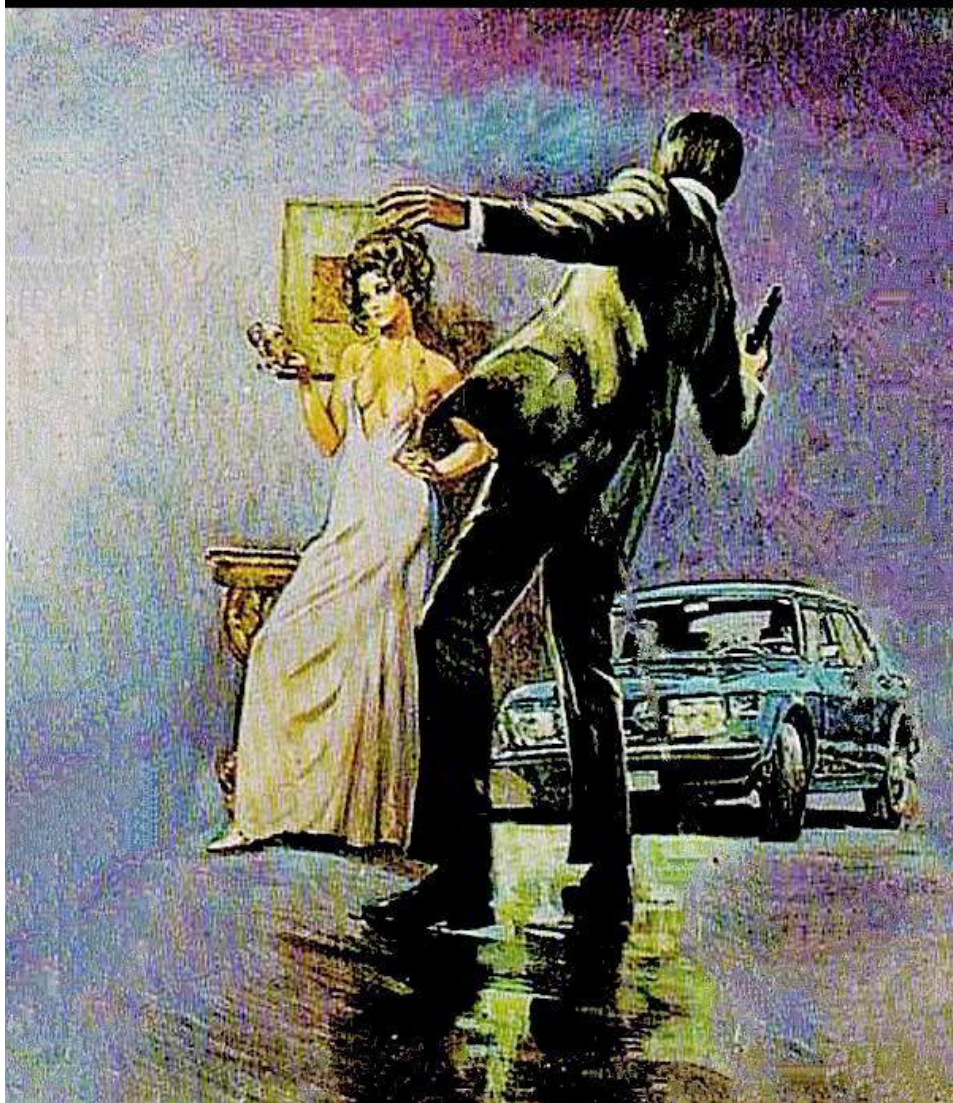


SERVICIO
SECRETO

SS

LAS GUAPAS MUEREN PRIMERO

Silver Kane



Al conserje le debo veinte dólares.

Tuve la suerte de que no me echara el ojo encima.

Pero me vio su mujer.

A su mujer no le debo veinte dólares.

Le debo veinte polvetes.

Soy un hombre con el corazón grande como un tren, y cada vez que la veo le digo que sí, que los echaremos uno detrás de otro.

Ahora me tocaba pagar las consecuencias.

La tía me agarró.

Me metió en la garita.



Silver Kane

Las guapas mueren primero

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1517

ePub r1.0

Lds 20.01.19

Título original: *Las guapas mueren primero*

Silver Kane, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

UNA TIA Y UN CADAVER

Miré mis bolsillos.

Siete dólares.

—¡Maldición! —grité.

Por maldecir no cobran nada.

Luego cerré la puerta de mi despacho de Ellis Street, en el centro de San Francisco.

Eché una última ojeada a la placa que decía:

**«ELVIS TURNER. —ABOGADO—. ASUNTOS MATRIMONIALES,
FINANCIEROS, SOCIALES, LABORALES Y DEMAS».**

Vi una factura que alguien había tratado de deslizar por debajo de la puerta, le arreé una patada, tomé el ascensor y traté de escurrir el bulto sin que el conserje me viese.

Al conserje le debo veinte dólares.

Tuve la suerte de que no me echara el ojo encima.

Pero me vio su mujer.

A su mujer no le debo veinte dólares.

Le debo veinte polvetes.

Soy un hombre con el corazón grande como un tren, y cada vez que la veo le digo que sí, que los echaremos uno detrás de otro.

Ahora me tocaba pagar las consecuencias.

La tía me agarró.

Me metió en la garita.

No había nadie en la escalera.

—O trabajas o mueres —me dijo con voz de funcionario

municipal.

Hube de trabajar.

Todo lo que no he sudado como abogado lo hube de sudar entonces. Volcamos dos sillas y casi rompimos una mesa, pero al fin la cosa terminó pronto. Me escapé de allí dando saltos mientras ella se bajaba las faldas y gritaba:

—¡Esto ha sido una birria! ¡Me debes otros diecinueve!

Salí por una puerta.

El marido entraba por la otra.

No me vio.

Fui a reponer fuerzas al bar de Joe, a Commerce Street.

Joe es un gran amigo mío.

Me quiere. Me aprecia.

Haría cualquier cosa por mí. Al verme entrar apoyó en la barra su escopeta de dos cañones aserrados mientras gritaba:

—¡Cabrón!

—¿Qué ocurre, Joe? —gemí.

—¡Tú me prometiste qué harías condenar a un año de cárcel a mi mujer para que yo me pudiese casar con mi querida!

—Sí... ¿Y qué? ¿Ya tienes la sentencia, muchacho?

—¡Claro que la tengo, hijo de la gran marrana! ¡Y resulta que te equivocaste! ¡A la que han condenado a un año de cárcel es a la querida!

—¡Chico, uno no puede estar en todo! —me defendí—. ¡Tengo tantos asuntos en la cabeza! ¡Tengo mil asuntos, Joe! A partir de aquel momento tuve mil y uno.

El uno consistió en apartarme a tiempo del camino de los perdigones. Porque Joe acababa de apretar los dos gatillos a la vez.

Se cargó todo un panel de pared.

Y se llevó por delante una certificación de la Penitenciaría Federal de San Francisco diciendo que durante el tiempo de condena había sido un buen chico.

Salí por piernas.

Me refugié en la tienda de al lado, que también pertenecía a Joe, y que era un local la mar de selecto. Se trataba de una funeraria de barrio.

Fui a saltar el mostrador para ocultarme tras él.

Pero me atrapó la mujer de Joe.

—¡Gracias! —exclamó—. Me has salvado la vida, ¡Elvis! ¡Has conseguido meter en la cárcel a esa puerca, a esa cabrona!

—Por cierto —farfullé—, aún no he presentado la factura.

—Mi marido te la pagará.

—Tengo la sensación de que tu marido se ha declarado en suspensión de pagos, Kitty.

Kitty, que aún estaba de buen ver, se pegó a mí.

—Ha sido como si resucitase —musitó—. No sabes el favor que me has hecho. ¡Con lo que yo quiero a Joe!

Y se pegó más a mí.

—¡Con lo fiel que le soy! —añadió.

Y se subió la falda.

¡Con lo honrada que es una servidora!

Y se puso en forma.

Yo barboté:

—Si lo único que quiero es cobrar...

—Pues cobra, macho.

Por poco rompemos el mostrador.

La honrada mujer era una fiera.

Menos mal que Joe no creía que estuviera tan cerca. Me buscaba lejos de allí.

Yo estaba desfallecido. Y es que uno no puede aguantar en plan de sesión continua, oigan.

Me salvó la llegada de un muerto. Bueno, de los familiares de un muerto, que traían el fiambre para que fuese atendido debidamente.

La honesta mujer casada se bajó las faldas apresuradamente mientras decía:

—Bueno, ya sabes: cuando quieras volver a cobrar, pasa por aquí...

Volví a salir por piernas.

Fui a casa de Ulster, el prestamista.

Ulster es como un hermano para mí.

Nunca me ha dejado en la estacada, aunque cobra un seis por ciento diario de interés. Pero eso importa poco, ya que nunca me molesté en pagarle. Dadas las circunstancias, tampoco me molestaba en pedirle, pero ahora me atreví. No podía negarme nada después de haberle llevado un pleito como el que yo acababa de llevarle, nada menos que ante el Tribunal Supremo de California.

Entré triunfalmente.

—Ulster, necesito cincuenta dólares —dije.

Vi que se volvía.

Metió la mano en un cajón.

Sacó un Magnum del 45.

—Cabrito —dijo.

Yo palidecí.

—¿Has recibido ya la sentencia? —farfullé.

—Claro, macho.

—¿Y... y qué?

—Yo le reclamaba siete mil dólares a Morrison —me dijo Ulster con su voz de ataque de bilis.

—Justo. Morrison te debía siete mil dólares —reafirmé.

—Pues te has lucido. Porque, según la sentencia, resulta que se los debo yo a Morrison.

Y alzó el Magnum.

Con voz que no parecía la mía, farfullé:

—Hazte cargo, Ulster. Ese asunto era un maldito embrollo...

Y salté.

Todo dependió de un segundo.

La bala del Magnum se cargó un espejo. Y se llevó también por delante un diploma acreditando que Ulster había aprendido a sumar en la escuela estatal de Jacksonville (Iowa).

Volví a salir por piernas.

Miré fugazmente el día y la hora en mi reloj de cuarzo Seiko que no he pagado todavía.

Natural que todo saliera hecho un asco. Estábamos a martes y trece.

En vista de las circunstancias, decidí no arriesgarme más y volver a mi importante despacho del centro. Cuando giré la esquina de Ellis Street, hube de dar un rodeo por Taylor Street ya que Cannon, el casero, me esperaba dentro de su coche. Yo le debía un año de alquiler, pero por eso no hay que ponerse así. Logré al fin entrar en el portal y deslizarme escaleras arriba.

Vi luz a través de los cristales esmerilados.

Temblé. Estaba perdido.

Algún acreedor más listo que los otros había logrado hacerse con una llave falsa y estaba esperándome allí, seguramente con una

escopeta cargada.

Pero necesitaba arriesgarme.

No podía quedarme a vivir en la escalera.

¿Qué pasaría si me encontraban en la escalera cuando viniesen a nombrarme presidente del Colegio de Abogados de la ciudad?

Entré.

Y no vi ningún acreedor.

Vi a una chica desconocida.

Sentada de cualquier manera.

Enseñando los muslazos hasta arriba.

Y enseñando los pechos hasta abajo.

Amén.

Yo soy mal abogado, pero buen fisonomista. Seguro que a aquella fabulosa muchacha no la había visto nunca. De modo que me apoyé en la pared, respiré hondamente y decidí no hacerme ilusiones, porque de todos modos lo más seguro era que viniese a cobrar una factura en nombre de otro.

—¿Quién te ha dado la llave? —musité.

—Nora.

Me estremecí.

—Hace años que no veo a Nora —dije.

—Pero ella no te ha olvidado.

—Tampoco yo.

Y me desabotoné un poco la camisa para mostrarle la cicatriz de bala que tenía en el pecho, cerca del hombro izquierdo.

—De eso debe hacer mucho tiempo —susurró la desconocida, sin inmutarse.

—Cuatro años exactamente. Entonces ella trabajaba como espía para los rusos, y yo trabajaba como contratado especial de la CIA. Estuvo a punto de llevarse por delante, pero no le guardo rencor. Eran cosas del oficio. Cuando los rusos desmontaron toda su red de espionaje en la costa del Pacífico porque ya no les interesaba mantenerla, «vendieron» a Nora, es decir, dieron todos sus datos a la CIA, a cambio de la libertad de un agente que les interesaba mucho más. Nora se desengañó y desde entonces ya no trabaja para nadie.

Bueno... Lo último que supe fue que trabajaba para un agente comercial de Sepúlveda Bulevar, en Los Angeles. Pero supongo que

lo hace sólo por el sueldo, ¿no? Y tú, ¿qué leche quieres?

—Soy una de sus mejores amigas —dijo—. Te ha querido llamar, pero tu teléfono no contesta nunca.

—Avería —dije.

—Corte —dijo ella, señalando el aparato.

Era verdad. Me lo habían cortado por falta de pago.

—¿Tan importante es lo que quiere decirme? —musité.

—Mucho. Te necesita. Y como quería estar segura de que recibías el mensaje, me ha enviado a mí.

—¿Qué le ocurre?

—No sé. Tendrá furor uterino, digo yo, y necesitará un macho muy macho.

—¿Ya ha acabado con todos los de Los Angeles y necesita que le envíen uno desde San Francisco?

—Quizá. Pero oye una cosa, Elvis: dice que se encuentra muy sola. Y que si sigues siendo su amigo, vayas a Los Angeles en el primer avión. Salen vuelos cada hora.

—No sé si tendré tiempo —dije.

En realidad tiempo me sobraba. Lo que no tenía era pasta.

Ella lo adivinó. Me deslizó un pasaje a través de la mesa.

—Con esto tendrás *tiempo* —dijo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Vendrás?

—Dentro de una hora.

—Entonces haremos el viaje juntos —musitó ella, poniéndose en pie.

Y yo tragué saliva.

Había que ver cómo estaba.

Claro que me cogía en baja forma.

—¿De verdad eres un macho muy macho? —musitó.

—Eso lo... lo comprobaremos en Los Angeles.

—¿Y por qué no antes?

Bueno... lo comprobaremos en el avión. Si es uno de esos grandes Jumbo, podemos sentarnos en la última fila.

No la convencí demasiado.

—¿Por qué no aquí? —preguntó.

Y empezó a tenderse sobre la misma mesa. Alzó las piernas poco a poco, haciendo una fabulosa exhibición.

Lo malo fue que la mesa se rompió. Se convirtió en añicos justo cuando yo iba a lanzarme.

Y fue una verdadera lástima.

Porque era la única cosa del despacho que yo había terminado de pagar.

Recibí una buena lección.

Así otro día no haré el idiota, maldita sea. Las cosas no hay que pagarlas nunca.

* * *

Los Angeles.

Dicen que es el mayor aeropuerto del mundo.

Yo no lo sé. No me fijé en él.

Margit y yo (porque la desconocida se llamaba Margit) estábamos funcionando en la última fila cuando ya las mujeres de la limpieza vinieron a decirnos:

—Eh, que tienen que marcharse de aquí, amigos... Este avión va a entrar en el hangar de desinfección dentro de diez minutos.

Margit y yo nos largamos. Creo que, con el lío, ella se dejó en la *toilette* unas bragas y las medias. No sé si las desinfectaron también. Fuimos en un taxi a la casa de Nora.

La verdad fue que Margit no me dio más explicaciones durante el vuelo. Tampoco me las daba ahora, mientras rodábamos por las autopistas interiores de la fea ciudad. Sólo que Nora me necesitaba, sólo que Nora quería verme.

Nos detuvimos ante su casa.

Nora, a la que yo había conocido en los hoteles de lujo de la costa del Pacífico, vivía ahora en una casa de estilo colonial español, con un jardín nostálgico en el que se mecían unas cuantas palmeras. Vi que había unos cuantos coches estacionados ante la puerta. Pero eso no me llamó la atención. Entré.

No necesité llamar ni empujar nada.

La puerta estaba abierta.

Vi un gran vestíbulo.

Y a Nora allí.

Nora, más formidable, más tentadora, más curvilínea que nunca. Vestida de luto.

Y un poco más allá, ocupando el centro de la sala, el gran túmulo con los crespones negros.

Y el pájaro metido allí. El cadáver descansando dentro.

CAPÍTULO II

SI LO SE NO VENGO

Me adelanté unos pasos.

De pronto yo había sentido frío en la espina dorsal.

Nora susurró tiernamente:

—Gracias por haber venido, Elvis.

Pero creo que ni siquiera la oí.

Me estaba fijando solamente en el fiambre.

Yo lo conocía. Claro que lo conocía. Y me parecía completamente imposible que Marlon pudiese morir.

Al demonio con él.

No estaba muerto.

Nos engañaba, nos daba el pego.

Avancé un poco más, mientras retiraba el cigarrillo de mis labios, e hice una cabronada. Le puse la punta encendida en contacto con uno de los párpados. Si llega a estar vivo, pega un salto que sale del ataúd.

Pero no hubo la menor variación en su cuerpo. Marlon estaba muerto y bien muerto.

Además, yo incluso diría que empezaba a oler mal.

Nora se acercó sinuosamente a mí.

—Parece que no te fías —susurró.

—¿Cómo voy a fiarme? Marlon se fingió muerto para su primera fuga de
Sing-Sing

. Lo hizo tan bien que consiguió dar el pego incluso a los enfermeros de la prisión. Luego se hizo el muerto tres veces más,

una en Helsinki, otra en Pretoria y otra en Berlín-Este.

Todos le conocíamos por ese sobrenombre, nena: «El hambre». Y tú lo deberías saber.

Nora puso cara de buena chica.

—Pero esta vez no nos engaña, Elvis —susurró—. Dios se lo ha llevado consigo.

Yo tenía mis dudas acerca de que Dios quisiera saber algo con un tipo como Marlon, el mejor ladrón de cajas fuertes que ha existido en la historia de la delincuencia norteamericana, pero me callé. Sí, como es de suponer, en el cielo están Moisés y otros, yo no me fiaría un pelo de un tipo como Marlon. Sería capaz de robar las Tablas de la Ley y vendérselas a un anticuario.

De todos modos me callé. Y por un momento casi sentí vergüenza por haber desconfiado de un muerto.

—Creí que preparaba un golpe —dije—, y que esto formaba parte de la comedia.

Nora me señaló una puerta lateral.

—Vamos allí —dijo en un susurro—. Necesito hablar contigo.

Fuimos.

La habitación era muy bonita.

Tenía un diván.

Y Nora tenía un cuerpo espléndido.

Y yo tenía recuerdos de deliciosos tiempos idos.

Quise que probáramos el diván, que por algo estaba allí.

—Hay que consolar a las solteras —dije.

Pero Nora me puso un dedo en los labios.

—Marlon era mi marido —susurró.

La noticia me pilló tan de sorpresa que me hizo estremecer, pero de todos modos no cambió mis propósitos.

—Hay que consolar a las viudas —añadí.

—No digas tonterías, Elvis. Ahora no.

—¿Pues entonces para qué me has llamado al cabo de tanto tiempo?

—Tú y yo habíamos sido enemigos, Elvis.

—Y que lo digas. Cada vez que enseño la cicatriz del balazo a una mujer, me pregunta si choqué con una apisonadora.

—Pero luego nos entendimos —susurró—. Nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro. Y de que yo había sido

manipulada por el imperialismo soviético mientras tú habías sido manipulado por el cochino capital monopolístico norteamericano. Total, que estábamos al final del camino los dos.

—Y sin trabajo.

—Por eso decidimos no gastar un dólar —musitó ella.

—¿Y cuál es la mejor manera de no gastar un dólar? —pregunté astutamente.

—Meterse en cama.

—¿Cuánto tiempo nos pasamos sin salir de la cama tú y yo, Nora?

—Yo creo que dos meses.

—Pues ahora vuelvo a estar muy mal de fondos, nena. No puedo gastar un níquel.

¿Dónde está la cama más próxima? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

—Te he dicho que no, Elvis.

—No me saldrás ahora con que amabas a Marlon. ¿Por qué te casaste con él?

—Negocios —dijo abruptamente Nora.

—Preparábais un golpe, ¿verdad?

—Sí. Y para que ese golpe saliera bien, yo necesitaba aparecer como una respetable señora casada.

—¿Todo el tiempo habéis estado «trabajando» en plan de socios?

—Todo el tiempo.

—Habréis ganado mucho dinero...

—No creas. Últimamente Marlon estaba perdiendo facultades.

Paseé una mirada en torno mío, busqué desesperadamente una botella de *whisky*, la encontré, me aticé un trago y luego volví a mirar a Nora.

—¿Tú qué has hecho mientras tanto? —musitó ella.

—Aprobé las pocas asignaturas que me faltaban para terminar mi carrera de abogado.

—Y la ejerces en San Francisco, ¿no? Has querido convertirte en un hombre honrado.

Vi tu nombre en la guía telefónica.

—Sí. Tengo un despacho abierto en Ellis Street.

—¿Cómo te va?

—¡Uf! Fenómeno. Reviento de oro.

Hice el gesto de sacar un fajo de billetes del bolsillo, para fascinarla, y se me cayó al suelo un dólar.

De todos modos, fue un éxito.

Yo creí que ni eso tenía.

—¿Para qué me has llamado, Nora? —susurré.

—Me sentía muy sola.

—Habías trabajado en solitario con Marlon, ¿verdad?

—Si No confiaba en nadie más.

—Y, por lo tanto, ahora no tienes amigos.

—Sólo la chica que he enviado a buscarte, pero eso no impide que me sienta sola. Una mujer necesita un hombre.

Hice una mueca.

—Dirás más bien que, muerto repentinamente Marlon, necesitas a alguien que te ayude a continuar con lo del golpe, Nora. ¿No es eso?

Por su forma de palidecer me di cuenta de que sí, de que era eso. Leches, si la conoceré yo.

—Si esta casa es tuya, vale dinero —dije.

—No es mía. Es alquilada. Para el buen éxito del plan, Marlon y yo necesitábamos dar la imagen de un matrimonio respetable.

—¿Y qué pinto yo, ahora que el respetable marido ha muerto?

—Podrías ser mi respetable hermano —farfulló Nora.

Me pareció muy bien.

De momento, le metí mano.

Eso de los lazos de familia ha de tener alguna ventaja.

Pero en aquel instante se abrió la puerta. Le bajé presurosamente las faldas a Nora. La que entró era la chica que nos había servido de paloma mensajera. La de las últimas filas del Jumbo. Me dirigió la típica mirada aborrecible de la mujer que cree haber tenido una exclusiva y de pronto se la quitan.

—Los de la funeraria están aquí —dijo—. Van a llevarse a Marlon. Y tú, podrido de Elvis, las manos quietas.

No había más remedio que salir.

Cuando los empleados se disponían a cerrar el ataúd, Nora lanzó un gritito de viuda desconsolada y sola que tiene miedo de que el mundo cruel la arrastre por el fango.

Lo hizo estupendamente.

Hasta me entraron ganas de darle el pésame.

Pero, antes de que cerraran el ataúd, musité:

—Esperen.

Había notado un detalle tonto.

Marlon llevaba las gafas que siempre llevó.

Para pasarle el cigarrillo hasta el párpado, yo había tenido que apartarlas un poco. Y me pareció risible que a un fiambre lo enterraran con gafas y todo. Demonios, era como si el muerto estuviera en la oficina.

Se las quité y me las guardé. Al fin y al cabo eran un buen recuerdo de Marlon, con el que durante tanto tiempo trabajé en paz y armonía, buscando los intersticios para burlarnos de la ley.

En aquel momento no supe lo que me guardaba.

No empecé a saberlo hasta unas horas más tarde.

CAPÍTULO III

PILDORAS DE PLOMO

Estábamos en un hotel del barrio chicano.

Buen sitio ése.

Para todos los que amamos México, es una delicia pasearse por el viejo y popular mercado, oír hablar el español dulce y cadencioso, enterarse en los bares de si el Guadalajara ha ganado o ha perdido en el campeonato de fútbol y además, ¿cómo no?, echar un vistazo a las tías morenazas y de profundos ojos negros. Pero yo estaba en un hotel del barrio chicano no para mirar a las tías morenazas, sino porque a Nora y a mí, nadie nos conocía en aquel sitio.

Habíamos decidido emigrar por un día de la respetable casa mortuoria, después de los funerales y el entierro.

Yo, el hermano de Nora, había dicho que me la llevaba unos días al campo para que restableciese su dolorido espíritu.

Pero ni campo, ni playa ni nada.

Ninguno de los dos teníamos dinero para irnos a un hotel de Santa Mónica.

Y por eso nos metimos en el barrio chicano sin más compañía que la importante compañía de una cama.

Nos dimos un lote.

A media tarde, cuando mirábamos nostálgicamente la ventana de la habitación, cuya luz se iba volviendo ¹ gris, Nora me lo contó.

—Marlon y yo preparábamos un golpe de diez millones de dólares —musitó.

Me quedé helado.

Y eso que hasta entonces había estado bastante caliente, la verdad.

En los buenos tiempos, cuando a mí me dejó sin trabajo la CIA y a Nora la dejó sin trabajo el Kremlin, dábamos golpes de ocho o diez mil dólares. Pequeñas estafas y todo eso. Y siempre sin violencias, desde luego. Cuando se trataba de abrir una caja fuerte, Marlon pasaba a la acción y en paz. Adiós muy buenas. Después del tiempo que Nora hubo de pasar en la cárcel por sus actividades prosoviéticas, la verdad era que ninguno de los tres nos habíamos hecho ricos. Tanto que, entre morirme de hambre como ladrón y morirme de hambre como abogado, decidí que era más bonito esto último.

Y ahora la muñeca que casi me estaba enroscando las piernas al cuello me hablaba de diez millones de dólares.

—¿Cómo es posible? —musité—. ¿Qué clase de banco pensabais llevaros por delante?

—Los bancos están ahora imposibles —dijo Nora—. O al menos lo están para los que nunca hemos querido derramar una gota de sangre. Ultimamente Marlon y yo nos dimos cuenta de que había que hurgar en otros sitios mucho menos vigilados.

—¿Pero en qué sitio mucho menos vigilado hay la friolera de diez millones de dólares?

—En un lugar donde se pagan sueldos elevadísimos y se compra materia de alta tecnología sin reparar en gastos.

—¿Qué sitio es ése para pedir un empleo allí?

—No necesitan abogados, sino técnicos.

—Bien, pero ¿qué sitio es ése?

—Un centro de investigación atómica.

Volví a sentir frío.

—Los centros de investigación atómica están vigiladísimos —murmuré—. Mucho mejor que los bancos.

—Lo están para la gente normal, pero no para los científicos.

—¿Qué quieres decir?

—Que Marlon dio un cambiazo.

—¿Quieres decir que ocupó el lugar de un auténtico sabio?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Oye, no jodamos. Marlon era un genio abriendo cajas fuertes, pero tú sabes bien que no podía sumar dos y dos si no era con la

ayuda de una calculadora.

—No importa. La fama del tipo al que sustituyó era tan tremenda que no le sometieron a ninguna prueba.

—¿Y le admitieron en aquel centro?

—Con los brazos abiertos.

—Pero eso duraría diez minutos, digo yo. Hasta que le enseñaran la primera pizarra con la primera fórmula.

—No lo consintió. Ya sabes que Marlon era convincente y astuto. Dijo que, ante todo, quería ordenar sus notas y que luego pasaría a trabajar en equipo. Pidió, por lo tanto, una semana de plazo, viviendo allí día y noche. Le dieron un despacho y le dejaron solo. Era todo lo que necesitaba.

—Así no descubrían que no sabía ni lo que era una ecuación de primer grado, ¿verdad? ¿Pero cuál era su plan?

—Esa semana le daba tiempo para acercarse a la caja fuerte. Sabía que era un margen bastante justo, pero contaba con alcanzar el éxito. Los dos sabíamos muy bien que en esa caja fuerte estaban depositados los diez millones de dólares desde que los científicos empezaron a trabajar allí, cuatro meses antes. Era el dinero que necesitaban.

—¿Y por qué los tenían depositados en un sitio como ése?

Sencillo. En primer lugar, porque era tan seguro como un banco. En segundo lugar, porque el centro es secreto, como puedes suponer, y necesitaban no llamar la atención de la gente con continuas transferencias de fondos.

Respiré hondamente.

Y eso que Nora no me dejaba apenas, porque cada vez iba poniendo las piernas más arriba.

Pero yo empezaba a ver claras las cosas.

Un cambiazó. Un cambiazó de una semana solamente tiene ciertas probabilidades de éxito. Claro que el que da el pego deja cada día un cabo suelto, por muy listo que sea. Y si hay un observador que recoja siete cabos sueltos, ha atrapado al impostor. Pero siete cabos sueltos significan una semana, y ése era el plazo máximo que se había concedido el infalible de Marlon. Tenía tiempo.

Hasta que, en mitad de la operación, la muerte se lo había llevado.

Amén.

Su santa esposa se estaba poniendo cachonda otra vez.

—Elvis... —dijo—. ¡Mátame! ¡Mátame como en los buenos tiempos!

—¿Se acostaba contigo Marlon? —pregunté recelosamente.

—¡Ni una vez!

—Entonces debes de estar desesperada...

—Mmmm...

Me dispuse a trabajar.

Sabía que ahora Nora me había elegido para sustituir de algún modo a su difunto marido, pero eso no me importaba. Por diez millones de dólares yo iría hasta al mismísimo infierno. Soy un hombre completamente honrado, ya lo ven.

Nora estaba ansiosa.

No me dejaba ni respirar.

Nos liamos en una especie de combate a vida o muerte, a ver quién ganaba.

Ganó ella.

Yo quedé con la boca abierta, respirando agitadamente, sabiendo que ni aunque me exprimieran iban a sacarme una gota más. Tenía los testículos en los tobillos.

Nora susurró:

—Bueno, no has dejado de estar en forma.

—Uno hace lo que puede..., ne... nena.

—De todos modos no te hagas ilusiones. Los he conocido mejores. Ya veremos si por la noche funcionas igual.

—Antes iré a hacer testamento —susurré.

—Pues empieza por dejarme en herencia aquella botella de *whisky* que está allí, junto a la ventana. Hala, tráela.

La traje. En efecto, la botella de J. B. estaba en una mesita a la única y gran ventana de la habitación. Enfrente, al otro lado de la calle, había igualmente un hotel. En los bajos, en una tienda de coches usados, una voz repetía una y otra vez en castellano: *«El Cadillac 79 es el única que le da economía, calidad a la vez que lujo... Para probarlo le bastará acordarse con el señor Oswaldo Gómez, gerente de ventas...»*.

Pensé que cuando tuviera diez millones de dólares me compraría un Cadillac. Y que lo haría en aquella casa de coches usados que

también vendía portaaviones nuevos para clientes poderosos. Por un momento, mientras veía a Nora en la cama, esperándome, fui absurdamente feliz.

Y entonces llegó la bala. Un poco más y me envía en busca de la felicidad eterna.

Me salvé por milagro.

La botella de *whisky*, al resbalar entre mis dedos, me hizo cazarla en el aire. Incliné el cuerpo. Fue uno de esos movimientos instantáneos de los que uno ni siquiera se da cuenta y que duran un segundo. Pero durante aquel segundo en que mi cuerpo estuvo inclinado, la bala me pasó rozando la cabeza.

Todo el cristal estalló.

Pero ése fue el único ruido que se produjo.

Me habían disparado con silenciador desde una de las ventanas del hotel frontero.

Rodé por tierra.

Nora había saltado de la cama también, pensando que podía ofrecer blanco. Durante unos segundos que se hicieron interminables nos miramos fijamente, mientras en nuestras sienes nacían unas gotitas de sudor.

Nadie volvió a disparar. Nadie excepto nosotros dos se había dado cuenta de que allí estaba la muerte.

Fue Nora la que susurró:

—¿Por qué...?

—No tiene sentido —dije—, pero venían a por mí. Han podido verme perfectamente antes de disparar. Además han tenido tiempo de alquilar una habitación en el hotel frontero, lo cual indica que el golpe estaba preparado. Nos han venido siguiendo. Y repetirán.

—¿Pero qué tienes tú que ver con... con esto?

—No lo sé, Nora, y me temo que por el momento no habrá respuesta.

—Oye... Cuando te he visto tambalearte, yo he tenido la sensación de que te habían dado. Ellos han podido pensar lo mismo desde el otro lado de la calle.

—¿Y qué?

—Quizá vendrán para asegurarse de que estás muerto.

Tragué saliva.

Bueno, puede que la situación tuviera su lado divertido, pero yo

no lo encontraba por ninguna parte.

—No llevo armas —dije—. Soy un abogado respetable.

—Abogado quizá, pero respetable nada.

—No vamos a discutir ahora eso, nena. Estamos en peligro. Me sabría muy mal que te clavaran una bala en un sitio que yo sé y te desvirgaran.

Esta última posibilidad le causó a Nora muchísima impresión. Eso de dejar de ser doncella le cayó fatal. Me dijo:

—Si tú no tienes armas, yo llevo una. Mete la mano en mi bolso y sácala. Te vendrá bien si tenemos líos.

Abrí el bolso y saqué el petardo. Era nada menos que una FN Browning, una pistola antigua si se la compara con las últimas novedades del mercado, porque la FN fue diseñada nada menos que en 1935. Pero con sus proyectiles del nueve largo y su velocidad de tiro, iba a dejar capón a cualquiera que me pusiese el miembro por delante. Comprobé el cargador.

Hice una seña a Nora para que se vistiese. Yo me arreglé también a toda velocidad, porque sabía que disponíamos apenas de unos minutos.

Abrí la puerta de la habitación.

Y entonces los vi venir. Eran dos. Vestían gabardinas de color claro y hubieran podido pasar por agentes más o menos veteranos del FBI, pero a mí no me dieron el pego. Distinguí perfectamente cómo uno de ellos empuñaba una Ingram modelo 10, una pequeña metralleta que también dispara petardos del 9 a razón nada menos que de mil doscientos por minuto, para lo cual se le puede acoplar un culatín y un largo cargador. Si un trasto de éstos te pilla en mitad del cuerpo, te lo parte en dos.

Y eso es fatal para la salud.

Mi vida dependió de haber visto yo a aquel tipo antes de que el tipo me viese a mí. Cuando alzó la Ingram, yo ya había disparado tios veces. Le vi dar dos vueltas sobre sí mismo mientras lanzaba un grito de dolor y caía sobre la baranda de la escalera.

Tuvo fuerzas para apretar el gatillo.

Levantó delante suyo una auténtica cortina de fuego.

Una rociada de balas se llevó por delante los cuadros, las cortinas, los muebles... Todo el vestíbulo superior al cuál daba nuestra habitación se convirtió en una especie de campo de batalla.

Porque el tipo qué le acompañaba no llevaba una Ingram 10, pero sí una Walter

P-38

, una de las pistolas más eficaces del mundo. Envió dos pildorazos a la puerta y me obligó a cerrar.

Por lo visto, a aquellos pájaros no les importaba el ruido. Habían venido solo a comprobar mi muerte, pero puesto que estaba vivo iban a liquidarme de una vez. Vi que la puerta saltaba hecha astillas bajo los impactos brutales de aquel 9 largo.

Nora se había pegado a la pared.

Respiraba en un estertor.

Le hice una seña para que saltara por la ventana, intentado pasar a la habitación de al lado por la fachada del hotel. No teníamos otra salida. Mientras tanto yo me pegué a un lado de la puerta esperando a que el otro tratara de irrumpir en la pieza. Pero no entró, sino que continuó llenando la habitación de plomo, a través de la destartada puerta, con la esperanza de que alguno de aquellos malditos abejorros nos daría de lleno en medio de la boca.

Nora ya estaba saliendo.

La gente gritaba abajo.

Debían pensar que era un atraco al hotel.

Bruscamente comprendí que mi esperanza de que el pistolero acabara las balas era una tontería. Acababa de cambiar el cargador lo noté por el breve paréntesis en los disparos y por el chasquido metálico. Luego las detonaciones empezaron otra vez como una tormenta desatada.

Me pegué al suelo.

Sólo tenía una oportunidad.

Y la aproveché.

Mientras estaba pegado a las baldosas podía ver, por uno de los pedazos de la puerta que las balas habían hecho saltar, las dos piernas de mi enemigo. Estaba situado apenas a una yarda de distancia. Y le vi no sólo las piernas, sino también el sitio en que éstas se juntaban.

Lo sentí por los norteamericanos que hubieran podido nacer.

Pero no tenía otra alternativa.

O sus pelotas o las mías.

Las suyas.

Disparé.

Se oyó un terrible aullido mientras la

P-38

caía al suelo.

Ya no necesité ninguna bala más.

El tío murió dando saltos.

Corrí hacia el exterior mientras veía a Nora aparecer en la puerta de la habitación contigua. Su experiencia de limpiador de cristales, deslizándose por la fachada, había resultado bien. Los dos volamos materialmente escaleras abajo, aunque yo había tenido buen cuidado de esconder el arma.

Un policía se cruzó con nosotros.

Como Los Angeles es una ciudad tan pacífica, hay policías cerca de todos los hoteles, cerca de todos los restaurantes, cerca de todos los retretes públicos.

Le hice una seña desesperada.

El tío había sacado ya.

Llevaba un Magnum que había que levantarlo con grúa.

—¡Arriba! —grité—. ¡Suba con cuidado! ¡Hay dos atracadores arriba!

Y el pájaro subió.

Yo terminé de bajar.

Por fortuna, el ambiente nos favorecía porque todo el hotel se había convertido en un hervidero de gritos.

Nora y yo tomamos un taxi y nos hicimos conducir a Sunset Bulevar, casi al otro lado de la ciudad. Durante el largo trayecto no cambiamos una sola palabra.

Sólo habíamos unido nuestras manos.

Sólo uníamos nuestras miradas de vez en cuando.

Quizá por eso, antes de dejarnos en aquella entrada de Hollywood, el taxista nos espetó:

—No sean tímidos. ¿Qué? ¿Les dejo en un hotel para que se aticen un polvete, amigos? Conozco uno que...

Y nos dio el nombre del que acabábamos de dejar.

Por poco me tumba un síncope.

CAPÍTULO IV

DOS CRISTALITOS

Lo recordaba muy bien.

Marlon, siempre con las gafas arriba y abajo. Marlon, el hombre capaz de abrir una caja fuerte en la propia Casa Blanca, no veía sin embargo a cinco pasos. Era incapaz de leer un periódico si le dejaban con los ojos desnudos.

Por eso no me había extrañado verle con las gafas dentro del ataúd. Habían sido en vida sus compañeras inseparables, y por lo tanto era lógico que fuesen también sus compañeras inseparables en la muerte.

Pero me había parecido ridículo enviarle al infierno con ellas, y por eso se las había quitado. Ahora las llevaba en el bolsillo superior de mi americana, como un objeto que me daba cierta angustia y del que estaba deseando desprenderme. Aquellas gafas allí eran como la presencia viscosa del muerto.

De modo que las dejé encima de una mesita, justo sobre el ejemplar del *Los Angeles Times* que había estado leyendo.

Nora y yo nos habíamos instalado en otro hotel, cerca de Sunset Bulevar. Confiábamos en que nuestros perseguidores, fuesen quienes fueren, tardarían al menos dos días en encontrar nuestra pista otra vez.

Nora estaba en la ducha.

Yo oía el ruido del agua tibia resbalando a chorro sobre su piel perfumada y fresca.

Fui a llamarla.

Pero no hizo falta. Apareció en la puerta, mientras se estaba

secando. Su pelo largo y suelto le llegaba casi hasta la cintura. Sus ojos quietos eran una invitación. Sus senos se movían cimbreados.

—No limpian bien estos hoteles —protestó.

—¿Por qué lo dices?

—El huésped que estuvo antes aquí se dejó olvidada una revista en la papelería y no la han retirado.

—Eso ocurre con frecuencia —dije—. ¿Qué es? ¿El suplemento del *Financial Times*?

—Nada de eso. Es una revista porno.

—No me digas.

—La he estado hojeando, amor.

Me puse en guardia.

Cuando las chicas te llaman «amor», te van a pedir dinero, te van a atizar un balazo o te van a pedir que te portes como un hombre en la cama. Y yo me había portado tantas veces como un hombre en la cama y fuera de ella que eso era lo único que no podía repetir.

—¿Y... y qué? —farfullé.

—Hay posturas nuevas.

—No me digas...

—Posturas que no hemos practicado nunca.

—¿De verdad, Nora?

Me he dado cuenta de que eres una mierda de tío. No sabes nada, no tienes imaginación, eres una caca.

—Pero, Nora, si lo hemos probado todo... ¿Qué cosas nuevas hay ahí? ¿Hacerlo colgados de una lámpara?

—Eso ya está muy visto.

—¿Con el cuerpo de la chica dentro de un armario?

—Bah... Vulgaridades.

—¿Tomar a la chica por detrás mientras ella se asoma por la ventana?

—No me hables de repeticiones vulgares, Elvis.

—¿Pues qué? Mi imaginación no da para más, nena.

—Por lo que he visto en la revista, hay una postura que debe ser fantástica.

—¿Cuál?

—Yo tendida en la cama y tú encima mío. Los dos movemos los aparatos sincronizadamente y ya está.

—Imposible una cosa tan complicada —dije—. ¿Quién había de imaginarlo?

—Pues, hala, que ya estoy deseando probar.

—A lo mejor no resulta, Nora. No creo que nadie haya hecho jamás una cosa tan rara.

—De todos modos, vamos allá.

Fuimos.

Yo necesité media hora.

Al final hubiera necesitado un reconstituyente para poder seguir.

Pero ella pareció quedar medianamente satisfecha.

Con una sonrisa, dijo:

—Asombroso. Lo haremos siempre así.

Fui a rastras a la ducha, intenté que el agua fresca me reanimara, me aticé un trago, me vestí, intenté recordar alguna oración de mi infancia por si moría antes de ponerme los zapatos y fui hacia la puerta.

La pérdida de Nora estaba acabando de vestirse ya.

Usaba ropa interior fina.

Sus muslazos destacaban entre los encajes negros que solía usar, y que eran capaces de hacer saltar del ataúd a un muerto.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A seguir con el plan, Nora. Tú me has hablado antes de que teníamos que entrar de algún modo en ese centro de investigación nuclear donde trabajaba Marlon.

—Es indispensable, Elvis.

—Perfecto, preciosa, pero ¿cómo lo haremos?

—No olvides que me casé con Marlon. Y que soy legalmente su viuda.

—Muy bien, ¿y eso qué? ¿Vas a pedir que te paguen una pensión? ¿Quieres que empiecen a revolver documentos y se descubra todo?

—No. Solamente pediré entrar contigo, con *mi hermano*, para que me dejen ver si el muerto se dejó allí algunos objetos personales. Por las explicaciones que Marlon me había dado, sé dónde está la caja fuerte. Trataré de acercarme a ella.

—Lo veo difícil, Nora.

—Pero hay que intentarlo.

—Supongamos que estás ante ella. ¿Tú tienes idea de cómo

abrirla?

—Marlon me enseñó en parte el «oficio».

—No es lo mismo. Conocimientos más o menos técnicos están al alcance de todo el mundo. Pero lo que hace falta es tener las manos maravillosas que él tenía.

—Al menos reconoce que he de intentarlo, Elvis. Trataré de ver la caja con los ojos de Marlon.

Estuve de acuerdo. Cada vez veía el golpe más difícil, pero tampoco tenía dónde elegir, de modo que seguimos adelante. Para disponer de mayor autonomía en Los Angeles, una espantosa ciudad donde no hay sitio para los que van a pie, decidimos alquilar un coche. Nos decidimos por un Ford Granada que estaba expuesto en una pequeña zona comercial en los alrededores del Sunset.

Pero antes yo tomé una decisión.

Maldita sea, seguía llevando las gafas de Marlon en el bolsillo superior de la americana. Y me molestaban allí. Las sentía. Era en cierto modo como si fuesen radiactivas. Significaban aún la presencia viscosa del muerto.

—Una papelería —dije.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Nora.

—Tirarlas —dije—. Lo siento por Marlon. Son su último recuerdo, pero me fastidia.

—¿Te las has probado? —preguntó.

—¿Y para qué demonios necesito yo unas gafas? ¿Para verte a ti el chumino?

Soy un hombre fino cuando hace falta, ya lo ven todos. Nora se ofendió. Y como también es una chica fina, dijo:

—Para verte lo que tienes entre las piernas. Son de aumento.

—Te equivocas —dije—. Hay una mujer que me recomendó algo más útil para eso.

—¿Qué?

—Un microscopio.

Hizo un gesto de hastío, pero vio impasible cómo yo iba a arrojar las gafas a una papelería pública. De pronto murmuró:

—Tengo una idea, Elvis.

—Oye, nena, aquí en la calle, no podemos hacerlo —me defendí.

—No es eso, idiota.

—Mejor. No sabes lo que me tranquilizas.

—He estado pensando que esas gafas tienen una montura muy buena. Parte de ella es de oro fino.

—Sí. Es verdad —susurré.

—¿Cuánto dinero tienes, Elvis?

—Quizá un dólar.

—¿Cuánto te darán si te pones a hacer de marica en una esquina?

—Quizá dos dólares —dije—. No mucho más. Empiezo a estar viejo.

—Yo sacaría fácilmente setenta dólares por sesión —presumió ella—, pero me fastidia pararme en las esquinas y menear el chumino. Tú me has cansado mucho. Eres una fiera, maldito seas. No paras. Te lo digo yo: siempre me lo estás pidiendo.

—¿Yo?

Sí, Elvis; pero dejemos eso ahora. Tengo miedo de que esta conversación te excite y acabes violándome en plena calle, a mí, que soy tan virtuosa. Lo que quería decirte es que he pensado una cosa: la montura de estas gafas vale mucho dinero y hay sitios donde te comprarán una cosa así. Precisamente estoy viendo ahí cerca una tienda que nos viene al pelo.

Y me señaló un tugurio que estaba cerca de la casa de alquiler de coches.

Que nadie piense ni por un momento que las tiendas norteamericanas son tan lujosas como las tiendas europeas.

Y las de Los Angeles menos.

El rótulo del tugurio decía:

**«SE COMPRA TODA CLASE DE OBJETOS USADOS: RELOJES,
PRIGMATICOS, RADIOS, CAMARAS, NEUMATICOS Y MUÑECAS
HINCHABLES.**

MORALIDAD GARANTIZADA».

Entré en el sitio de la moralidad garantizada.

Una chica estaba dentro.

Era una rubia estupenda.

Pero debía ser teñida.

Porque el pelo del otro sitio lo tenía negro.

Se estaba aplicando los rayos de una lámpara de infrarrojos en el

bajo vientre.

Ni se inmutó al verme entrar.

—El médico me ha recomendado que me ponga moreno el ombligo —dijo.

—Ah, por mí no te molestes.

—No, si no me molesto. ¿Qué traes para vender?

—Estas gafas —susurré.

Las miró despectivamente.

—Póntelas.

Me las puse y eran un asco. Como estaban graduadas, lo veía todo deforme. Además, la luz especial de la lámpara de infrarrojos me molestaba. Tuve que quitármelas enseguida porque sentía vértigo.

La chica se bajó las faldas y apagó la lámpara.

—¿Son tuyas? —preguntó.

—No.

—¿Pues de quién?

—De un muerto.

—La montura vale —susurró ella sin perder una cierta mueca de desdén—. ¿Tenía el muerto alguna otra cosa que vender? ¿Algún pijama? ¿Sábanas? ¿Un traje? ¿Gomas que hubiera usado sólo una vez?

—No —musité, abrumado por la alta categoría de la tienda—. Sólo esto.

—*Okay*. Ocho dólares.

—Buenos son.

Me los pagó, se sentó en un borde del mostrador enseñándomelo todo y demostrando lo guapa que era, y murmuró:

—Cuando mates a otro, me traes más cosas. Y cuando quieras ver lo morenita que me estoy poniendo, también.

Escapé de allí.

Ya tenía bastante con Nora.

Ella estaba espatarrada en uno de los asientos del coche y dijo sencillamente:

—Empieza.

—Estoy hecho polvo, nena.

—No sé por qué me lío con maricas. Hala, arranca y vamos al sitio donde trabajaba el pobre Marlon. Y allí no me metas mano

como estás haciendo siempre, so puerco, que no me dejas vivir en paz. Recuerda que eres mi hermanito.

La verdad es que yo no ansiaba otra cosa. Ser su hermano toda la vida. Que me dejase descansar. Vivir y morir en paz.

Fuimos al centro de investigaciones.

No sé si ustedes han estado alguna vez en las cercanías de un sitio así.

Bueno, para quienes no los conozcan les diré que tienen por fuera un aspecto la mar de aburrido.

Todos, además, están camuflados bajo un nombre falso y respetable. Éste se llamaba «INVESTIGACIONES METALURGICAS COLMAN».

Claro que los controles estaban a cargo de verdaderos gorilas entrenados en el Vietnam, aunque no llevaban uniforme. Sólo encontrabas miembros uniformados de la Policía Militar cuando estabas ya dentro. Cada trámite y cada puerta te ocupaban un cuarto de hora.

Como viuda de un alto investigador extranjero que había muerto antes de poder decir esta boca es mía, Nora fue tratada muy bien. Como desconcollado hermano de la viuda, me permitieron acompañarla. Un directivo nos condujo hasta lo que había sido por tan breve tiempo el despacho de trabajo de Marlon.

—Éstos son sus papeles —nos dijo—, lo único que dejó. Papeles gruesos y llenos de apuntes escritos en letra muy apretada. Los hemos examinado y parecen no tener sentido, pero eso es normal. Su marido era un hombre mucho más sabio que nosotros, señora.

Tuve un carraspeo.

El directivo me miró.

—¿Ocurre alguna cosa? —dijo.

—No, nada... Por supuesto, permitirán que la viuda se lleve estos apuntes —insinué.

—¿Con qué objeto?

—Al objeto de compararlos con otros que ella tiene. Puede que el verdadero sentido esté en la conjunción de diversas hojas sueltas —expliqué—. Ni que decir tiene que, en ese caso, haríamos llegar a manos de ustedes unos apuntes y otros.

El tío cayó en la trampa. Murmuró:

—Claro que sí. No olviden traernos todo lo que dejó apuntado su

marido, señora. Y si necesita cualquier ayuda para ordenarlo, llámenos. Tenemos personal especializado a su servicio las veinticuatro horas del día.

Lo que quería era tener un pretexto legal para meter a los gorilas dentro de nuestra habitación, pero no caí en el cebo. Nos despedimos y salimos con todas aquellas hojas.

No eran nada.

Nora me lo reprochó cuando rodábamos de nuevo hacia el hotel cercano a Sunset Bulevar.

¿Pero no te has dado cuenta? ¡Eran apuntes que Marlon hacía sin ton ni son, para justificar que trabajaba en algo! Claro que no tienen sentido. ¡Ningún sentido! ¡Y tú has querido marchar demasiado pronto de allí, sin ni siquiera buscar una excusa para acercarnos al sitio de la caja fuerte! ¡Eres un fracasado, un inútil, un impotente, un mierda!

Señaló un lugar discreto, donde no podía vernos nadie, y añadió:

—Para ahí y demuéstreme que al menos sirves para algo.

—Pero, Nora...

—O eso o llamas a los bomberos. Estoy ardiendo...

—¿Cuál es el número de los bomberos, Nora?

Por poco me atiza un guantazo.

Pero logré al fin convencerla de que la cosa se arreglaría apenas llegáramos al hotel. Y apenas llegamos al hotel cuando la honestísima viuda saltó sobre la cama, se subió la falda y gritó:

—¡Adelante! ¡Hop!

—Calma, Nora.

—¿Qué calma ni qué leches? ¡Eres un monstruo! ¡Siempre estás encima mío! ¡Nunca me dejas en paz! Y ahora oye bien esto: He dicho: «¡Adelante, hop!». ¡Muévete!

No me moví.

—O yo no conocía a Marlon o no es casualidad que él usara unas hojas de papel tan absurdamente gruesas —dije—. Espera.

Puse un chorro de *whisky* en una taza metálica, lo encendí, coloqué encima otra taza similar con agua y la hice hervir. Dentro situé las gruesas hojas de papel A continuación, con una hoja de afeitar, fue fácil separarlas en dos.

Nora ya se había olvidado de su sexo.

Cuando quiere, es incluso una chica decente.

Porque la solución estaba allí, en las finas fotocopias colocadas entre las hojas de papel, formando el grueso conjunto.

Claro que entonces yo no sabía dónde todo eso me iba a llevar.

Caso de saberlo, es posible que me hubiera largado a toda velocidad a México.

Después de dejar desnuda a Nora para que así no se atreviese a pasar la frontera.

CAPÍTULO V

SANGRE PARA LOS AMIGOS

Todas las fotocopias representaban lo mismo. Marlon había hecho un trabajo excelente durante el corto tiempo que pasó allí, antes de que la muerte le sorprendiera. La caja de caudales estaba fotografiada desde al menos cinco ángulos distintos, permitiendo estudiar sus características con tanta perfección como si uno la tuviera delante de los ojos.

—Tu pobre marido era un hombre concienzudo —le dije a Nora—. Sabía que antes de meterle mano a una caja así hay que hacer un auténtico trabajo de laboratorio.

Estas fotocopias le permitirían estudiar los mecanismos con calma.

—Cierto. Se lo permitirían a él. Pero a ti y a mí, ¿qué?

—No somos expertos —reconocí.

—Fue muy hábil —reconoció Nora—. Y tal vez esto le hubiera ayudado a orientarse en lo de la combinación, pero nosotros no podemos hacer nada.

Era cierto.

—Kruger —dije al fin.

—Olvidalo. Murió.

—Daniels.

—Es un soplón. No me fío de él —susurró Nora—. ¿Pues quién? —pregunté yo.

Ella recordó de pronto alguien.

—¡Massey! —dijo—. ¡Es de confianza y además sabe casi tanto como Marlon!

—Olvídate de él —musité.

—¿Por qué he de olvidarlo? ¿No es bueno?

—Lo es, pero tuvo un lío.

—¿De qué clase?

—Una infracción de tráfico. —Eso no es grave— opinó Nora.

—Pero lo defendí yo.

—¿Y qué?

—Le salieron ocho años. Y las investigaciones siguen. Reconozco que me armé un pequeño lío.

—¿Qué estás diciendo, Elvis?

—Bueno... Recuerdo confusamente que terminaron acusándole de complicidad en el asesinato de Kennedy.

Nora palideció mortalmente. Estaba tan fuera de sí que hasta se bajó la falda, ella que siempre la llevaba subida.

—Deberían clausurar la Universidad donde te dieron el título de abogado, Elvis —dijo rencorosamente—. Esa Universidad es un peligro público.

—Olvídate de eso, Nora. Cada uno aprende lo que puede. El caso es que tenemos en las manos fotografías completísimas de esa caja fuerte, pero ninguno de nosotros sabe cómo abrirla.

—Cierto. ¿Cuál es la combinación, Elvis? ¿Cuál?

Yo cerré los ojos.

Y entonces ocurrió.

Entonces lo dije.

—4-8/V-3/C-9 —susurré.

Y abrí los ojos.

Nora me miraba como una alucinada.

—Repíte eso —musitó.

—¿Qué?

—¡Repíte eso!

—Bueno, son simplemente unos números —farfullé—. Números árabes y números romanos, eso es... Pero nada importante.

Negó con la cabeza.

—Elvis, eso es obra del diablo —farfulló—. ¿Por qué?

—Tú no habías visto nunca esa caja.

—No.

—¡Y sin embargo sabes la combinación!

Moví la cabeza pesadamente. De pronto sentía un extraño

vértigo. Me dolía la nuca.

—Eso no es la combinación —musité—. Bueno, no tiene por qué serlo.

—Pero la has sacado de algún sitio. ¿De dónde?

—No lo sé, Nora. No lo sé...

La sensación de vértigo aumentaba. Noté confusamente que Nora venía hacia mí, tomaba las fotocopias y las miraba al trasluz, por si yo había visto los números impresos en la fina cartulina y me habían quedado grabados en la memoria. A veces eso ocurre. Pero no había allí nada, absolutamente nada. Las cartulinas eran bastante más vírgenes que ella.

Entonces me miró ansiosamente a mí.

—Elvis... —musitó con una voz que no parecía la suya—. ¿Qué te pasa?

—Nada, Nora.

Pero la sensación de vértigo se me había hecho insoportable. Hube de ir al cuarto de baño y meter la cabeza bajo el grifo. Mis pensamientos, en lugar de aclararse, se confundieron aún más. Tenía la sensación de haber entrado en un túnel sin salida, pero del cual yo conocía un resquicio por el que podría escapar. ¡Pero sabía también que ese resquicio no aparecería nunca!

—Necesito salir —dije con voz opaca.

—¿Te encuentras mal, Elvis? ¿Te acompaño?

—Mejor no. Simplemente me ha de dar el aire.

Antes de que me contestara, abandoné la habitación del hotel y respiré ansiosamente la brisa fresca de la noche. No sabía lo que me pasaba. Excepcionalmente, el aire que llegaba del mar no era tan cálido como de costumbre, y se estaba en Los Angeles casi tan bien como en mi conocido San Francisco. Pero mi cerebro ardía y yo tenía la sensación de que se había metido un demonio extraño dentro de mis sesos.

¿De dónde había salido aquello?

¿Qué voz que no era la mía hablaba dentro de mí?

Mientras estaba hundido en todas esas preguntas sin respuesta, di a la llave de contacto y salí rodando con el Ford Granada. Necesitaba huir, aunque no sabía de qué. En aquel momento era incapaz de comprender que lo que necesitaba era una cosa imposible: huir de mí mismo.

Conduje a gran velocidad por las autopistas urbanas de Los Angeles, saltándome incluso los límites, y de pronto me encontré en una planicie que me pareció desolada y desértica. Pero en aquella planicie, donde al principio me pareció no haber estado nunca, pronto reconocí algo familiar. Había detalles que recordaba.

Por ejemplo las luces de neón. Las largas hileras de coches para alquilar. La pequeña zona comercial, ahora vacía y polvorienta. ¡Demonios! ¡Habíamos llegado otra vez al sitio donde horas antes alquilamos el coche Nora y yo!

Salí del Ford y me dirigí hacia la tienda. Ahora el rótulo se había desenganchado un poco a causa de un golpe de viento. Lo de las «muñecas hinchables» se movía como si fuera a ser arrancado de cuajo.

No sabía qué oscuro impulso me llevaba allí.

Quizá no tenía explicación. O quizá era, sencillamente, que al fin y al cabo me resultaba un lugar de Los Angeles medianamente conocido.

La tiendecilla estaba cerrada.

¿Cerrada?

Bueno, vi que la puerta se movía también a impulsos de la brisa. Y, al aproximarme, vi también algo más.

Algo que me heló en las venas la poca sangre que me quedaba.

Porque allí estaba la cabeza cortada de la chica que me atendió. La cabeza cortada encima de unas balanzas viejas.

* * *

Curiosamente nunca me había detenido a pensar en lo que pesa una cabeza humana. Allí lo pude comprobar porque el asesino se había molestado en poner las pesas correspondientes en el otro platillo. Y aquella cabeza humana pesaba unos cuatro kilos, calculé yo, aunque bien es verdad que la sangre que llenaba el plato también debía pesar lo suyo.

Noté que mi cuerpo vacilaba.

De pronto entré.

Porque acababa de ver las dos siluetas dentro.

Habían sido dos asesinos, y los dos estaban aún allí.

Ellos también me vieron.

Y no perdieron el tiempo.

Su bienvenida fue infernal.

Una ráfaga de metralleta que se lo llevó por delante todo.

Si hasta aquel momento habían querido «trabajar» en silencio, ahora se dejaron de disimulos. Atronaron la zona entera, sabiendo que estaba abandonada a aquella hora. A un hombre menos asustado que yo lo hubieran partido en dos.

Porque fue el miedo lo que me dio fuerzas. La propia desesperación me hizo saltar. Me encontré dando una vuelta completa en el aire mientras las balas destrozaban la puerta y me rozaban materialmente un sitio de mi cuerpo muy delicado pero que, según Nora, para tan poca cosa servía.

Choqué de pronto con la pared.

Me apoyé en ella.

Aún llevaba la FN, de modo que no iba lo que se dice desnudo por el mundo. Apreté los dientes mientras la montaba con un brusco chasquido.

Los dos de dentro seguían disparando.

Eran unos simples carniceros.

Hombres alquilados no por su inteligencia, sino simplemente porque les gusta el color de la sangre.

Mientras continuaban atronándolo todo (tenían la sensación de que yo estaba tras unas maderas de la fachada, que iban siendo acibilladas meticulosamente), me deslicé por el costado izquierdo del edificio y vi una ventana de pequeñas dimensiones, pero por la que un hombre delgado y ágil como yo, podía pasar. Emplé un par de segundos en romperla y cuatro segundos en colarme dentro, para encontrarme con lo que yo suponía una pequeña *toilette* para la dependencia de la tienda.

No me entretuve allí.

Continué hacia el interior.

Di con la tienda.

Y atrapé de espaldas a los dos tipos, que justo en aquel momento habían acabado de disparar. A poca distancia se apreciaba que tenían pinta de gorilas alquilados, de basura humana corrompida y fétida. Después de lo que habían hecho con la chica, no me inspiraban ni una chispita de compasión.

Para mí no eran hombres: eran simples objetos.

—Tiene que estar acribillado ahí fuera —dijo uno.

—Seguro que le hemos dado.

—Entonces haz una seña a Ted.

—¿Nos largamos sin rematarle?

—No creo que lo necesite, pero a la salida lo veremos.

Uno de los gorilas rascó un fósforo.

La lucecita debió verse desde el otro lado de la playa de estacionamiento, a causa de la penumbra que rodeaba aquello.

Y entonces un coche encendió sus faros, iluminándolos directamente.

Venía a buena velocidad.

Sin duda iba a recoger a los dos asesinos después de su sucio trabajo. Y el que lo conducía debía de ser el tal Ted.

Ahogué una maldición.

Los dos tipos iban a salir.

Hice:

—¡Chist!

Se volvió uno de ellos.

Mejor para él.

Tuvo premio.

¡Bang!

La FN no había fallado. Su bala del nueve largo perforó la cabeza del «objeto». No tuve ni por un momento la sensación de que había matado a un hombre, sino simplemente que había agujereado una mesa.

La sangre saltó al aire.

Llegó hasta las viejas balanzas donde estaba la cabeza de la chica.

El otro gorila también se volvió.

Su cara reflejaba un asombro total, porque no entendía nada. Pero aun así sus reflejos funcionaron e hizo girar la metralleta.

La velocidad fue endiablada.

Estuvo a punto de cazarme.

Pero yo ya tenía el dedo en el gatillo y no necesité más que una leve presión para enviarlo al infierno. A aquella distancia, la bala hizo que la cara del tío se convirtiese en dos. Tuve una especie de náusea al notar que el cadáver, antes de desplomarse, aún daba un paso hacia mí, como si lo empujase una oscura fuerza del infierno.

Pero otra cosa debía preocuparme más. El coche ya estaba llegando. Ted, desde el volante, se había dado cuenta de lo que sucedía... ¡y venía hacia mí! ¡Había dado gas para entrar como un bólido en la tienda!

¡Quería aplastarme!

¡Me cegaba con la luz de los focos!

Tuve tiempo de saltar a un lado cuando lo que quedaba de la puerta de la tienda saltaba hecho pedazos. El bólido entró como una exhalación. Se estrelló contra la pared del fondo, quedando empotrado en ella.

Yo había quedado casi sobre el cuerpo decapitado de la chica.

Pude saltar sobre los restos de la puerta.

Vi que el cabrón de Ted iba a salir.

No había sufrido gran cosa con el choque.

El tío se había puesto el cinturón de seguridad antes de embestir, sabiendo que así sufriría mucho menos con el impacto.

El cinturón de seguridad salva la vida, dicen.

Pero también mata, digo.

Cuando el coche empezó a incendiarse dentro de la tienda, el tío hijo de la gran marrana no se lo pudo quitar.

Lanzó un alarido que me heló los huesos.

Pero yo ya volaba materialmente hacia la puerta.

El bólido estalló.

Se convirtió en una esfera de llamas, en una enorme bola de fuego que amenazó envolver el edificio entero. El hijo de la gran marrana brincó dentro de aquel infierno como una rata en la jaula. Por un momento, a través de las llamas, vi su cara desencajada y sus ojos que no olvidaré nunca.

Pero eso fue todo.

Yo ya volaba materialmente hacia la calle.

Di dos vueltas sobre la acera.

Necesitaba vivir.

Y, casi a gatas, corrí hacia mi coche, a través de aquella especie de llanura polvorienta cruzada por las luces de neón. Cuando me senté ante el volante, aún me era casi imposible respirar. Las luces de neón bailaban; bailaba todo.

Pero sin embargo mi cerebro funcionaba. Ya estaba pensando en lo que tenía que hacer a la mañana siguiente.

Y no era meterle un polvo a Nora, que me estaría esperando.
Palabra.
Aunque más de uno me llamará tonto.

CAPÍTULO VI

LO SIENTO POR LOS FIAMBRES

Sí. A la mañana siguiente lo hice.

Escuché el boletín de noticias de las ocho, por la radio, mientras la ardiente Nora se acariciaba la piel bajo el chorro de la ducha.

Daban los nombres de los muertos. Los de la radio habían podido recoger la noticia, pero los de la prensa no, porque cuando se produjo la escabechina ya había pasado la hora de cierre de los periódicos. Apunté aquellos nombres y confié en que alguno de ellos tuviera teléfono.

Lo tenía, uno de ellos lo tenía.

Anoté la dirección.

Salí.

Cochina ciudad la de Los Angeles. Está hecha para los automóviles, pero cuando hay un accidente y te atascas en un cruce, estás atrapado y no llegas nunca. Eran más de las nueve cuando alcancé la puerta del modesto hotel que estaba a media milla del auditorium de Hollywood. Un hotel que era pura basura para macarras y viajeros de comercio en paro.

Al lado había vivido uno de los pájaros.

Pensé que quizá encontraría a algún pariente.

O al tío que había contratado a los asesinos, y que tal vez estaba esperando mi llegada.

Me jugaba mucho.

Pero entré.

No encontré a un pariente.

Encontré a una parienta.

Estaba en la cama, toda espatarrada, toda abierta, sentada en cuclillas sobre el chisme de un tío.

Ella iba arriba y abajo con suavidad. Era un émbolo de locomotora. Lo tragaba todo. No paraba.

El chisme del tío debía estar a punto de estallar.

Yo oía los gemidos de los dos.

—Ah... ah... ah...

Parecía una película porno. Deberían haber hecho pagar entrada.

Saludé respetuosamente mientras preguntaba desde el borde de la cama:

—¿La señora viuda de Wells?

Wells era uno de los muertos, el único que tenía teléfono de entre los nombres que habían dado por la radio.

El tío dijo jadeando:

—Es ella.

—¿Le está usted dando el pésame?

—La estoy consolando.

—¿Y lo consigue?

—Hombre, no sé. La he consolado tres veces. Me parece que ahora van a tener que consolarme a... a mí.

—¿Ya se ha enterado de que es viuda? —insinuó—. Quizá no...

—Cada mañana oigo la radio —dijo ella, espatarrándose aún más, ya al borde del clímax—. Lo siento por Wells. Oiga... ¿lo van a enterrar con cuernos y todo?

—Se los han cortado —aseguré—. Hay quien dice que deberían ponerlos en un museo, porque son los mayores de California.

La tía no me contestó.

Hizo entonces:

—¡Ah!

Había llegado al final del viaje.

El tío gimió:

—Pronto, necesito una aspirina.

Pero no pude hacerle caso. La verdad es que me asusté. Noté que la respetable y desconsolada viuda me estaba mirando.

—Yo no necesito una aspirina —dijo.

—¿Pues qué?

—Necesito otro tío. Éste ya está muy cascado.

—Lo siento, muñeca, me parece que no hay negocio.

—¿Entonces a qué leches has venido aquí?

—Soy abogado —dije.

—¿Ejerces en Los Angeles?

—Claro —mentí.

—¿Y qué leche quieres?

—He pensado que quizá te interese cobrar la herencia de Wells —susurré.

—El no puede dejar nada en herencia. Era un mierda.

—Bueno, quiero decir sus efectos personales y el dinero que llevaba encima.

Ella pareció interesarse por el tema. Honesta y pudorosa como era, se dejó caer en la cama de cara a mí, con las piernas abiertas.

—Está bien —dijo—, a lo mejor hay suerte.

—¿Suerte en qué sentido?

—Puede que Wells llevara encima algo de dinero y que además compren su cadáver en una charcutería.

—Haré gestiones para lograrlo —prometí—. Últimamente las hamburguesas han subido de precio.

—Está bien. ¿Qué necesitas de mí, abogado? Por mi parte, ya ves que estoy en posición.

—No es eso. Quiero que me firmes una autorización y me dejes tu documento de identidad, si es que lo tienes^[1].

Claro que lo tengo. A ver, ¿traes papel?

Yo lo traía. Redacté un documento que pudiera servirme más o menos para lo que estaba pretendiendo. Ella lo firmó, me dio una fotocopia, que casualmente tenía, del permiso de conducir, y yo me largué con viento fresco.

Cuando ya estaba saliendo, la viuda me dijo con expresión conmisericordiosa:

—Lástima. Podías haberme durado un cuarto de hora.

No la escuché.

Fui a la morgue.

Buen sitio la morgue, ya saben ustedes. Hay quien asegura que allí está la fábrica de salchichas de Frankfurt más importante de todo el país, pero yo soy un buen americano y no lo he creído nunca.

Me hice conducir hasta los fiambres.

Estaban hechos una caca. Sobre todo del que la había palmado entre las llamas del coche, no quedaban más que las fundas de las muelas postizas.

El capitán Connally estaba allí.

Por lo que deduje, era el encargado del caso.

Buen tipo, el tal Connally. Me saludó amablemente.

—Por lo que veo —dijo—, cada día hay más abogados mierdas en esta ciudad.

El ignoraba que yo era un abogado mierda de San Francisco y que ni siquiera tenía autorización para ejercer en Los Angeles. Pero hice todo lo posible para no sacarle de su error. Esgrimí la autorización de la tía.

—Quiere los objetos personales de Wells —dije—, en el caso de que la policía no los necesite como piezas de convicción.

—¿Tú eras el abogado de esta chusma? —me preguntó Connally.

—No. Sólo de la viuda de Wells.

—Pues lo siento por ella. Su marido era un cabrón asesino a sueldo, y los otros dos también.

—La viuda no tiene la culpa —argumenté—. Y la Constitución de este país dice que las personas desvalidas deben ser ayudadas por los poderes públicos.

—¿De veras dice eso?

—Bueno, exactamente no lo sé, pero debería decirlo.

—De acuerdo, de acuerdo... No quiero que los leguleyos como tú nos entorpezcan las investigaciones y luego vayan diciendo por ahí que la policía pone trabas a la ley. Muchachos, dadle los objetos personales de Wells, menos el dinero. Las armas que llevaban encima son piezas de convicción y deben quedarse aquí.

Eché una ojeada al fiambre.

Daba asco.

No me extrañaba que su viuda hubiera practicado el mete y saca hasta con los cobradores del gas.

Un poli gordo me tendió una bolsa.

—Toma —dijo—. El dinero queda como pieza de convicción. Puede ser parte de lo que le dieron por cometer algún crimen.

—¿Llevaba mucho?

Dos mil dólares.

Ya no me cupo ninguna duda. Era lo que les habían dado a los

asesinos por cargarse a la dueña de la tienda. Pero matar a aquella mujer que era casi insignificante... ¿por qué...? Salí a la calle.

Y entonces me di cuenta de que había tenido suerte. ¿Suerte?

¿Podía llamarse suerte a eso?

¿Entonces por qué sentí aquel estremecimiento de horror?

* * *

Nora seguía en el hotel.

Me esperaba en la cama.

Sólo llevaba puestas unas medias.

Me dijo:

—Cariño, ven.

Yo no fui.

Y ella debió de notar algo muy raro en mi cara, porque dijo con una expresión de desprecio:

—Lo debes tener arrugado todo. No me sirves.

—Pocas coñas, Nora.

—¿Qué te pasa?

—Hemos adelantado bastante en el camino.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres?

Le expliqué a medias lo que había sucedido.

Ella también debió sentir frío en la sangre.

Sobre todo cuando le enseñé aquellas gafas.

—Estaban entre los objetos personales de Wells —dije—. La «bofia» me las devolvió porque creyó que eran suyas.

Nora las miraba alucinada.

—Dios santo, son las de Marlon —balbució.

—Exacto, nena.

—Pero esto no tiene sentido...

—Quizá lo tenga.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente, que alguien ha venido detrás de estas gafas desde el primer momento. Y que mataron a aquella pobre muchacha de la tienda únicamente con el objeto de hacerse con ellas.

—Pero... ¡pero es absurdo!

—Claro que sí, Nora. Sin embargo, las cosas absurdas son a

veces ciertas.

—¿Qué habrían de buscar en... en un chisme así?

—No lo sé, Nora.

—Póntelas —decidió de pronto.

Ya me las puse en la tienda.

—¿Y qué?

—Nada. Me producían vértigo. No estaban graduadas para mi vista.

—De todos modos, póntelas otra vez —susurró—. Por favor, hazlo.

Obedecí. La situación no me gustaba nada porque para mí aquellos cristales estaban manchados de sangre, pero lo hice. Tuve otra vez la sensación de que me mareaba a causa de la distinta graduación, pero por lo demás eran unas gafas completamente vulgares. Yo no entendía en absoluto que por su causa pudiera haber muerto alguien, y mucho menos que se hubiesen organizado aquellas carnicerías sin nombre.

Pero, por desgracia cochina, así era.

—¿Nada? —susurró Nora, mirándome fijamente.

—Nada.

—A ver, déjamelas.

Se las puso. Cosa extraña, le caían bien, o quizá es que a mí me gusta hacer el amor con mujeres que llevan gafas. El caso fue que le metí mano en los muslos mientras miraba en torno suyo. Al fin susurró:

—Pasa una cosa muy extraña, Elvis.

—¿Qué?

—Tú sabes que Marlon llevaba siempre gafas.

—Naturalmente que lo sé. Más de una vez soñé que lo mataba apuntando justo al centro de la montura. Era delicioso.

—Bueno... Más de una vez yo me las había puesto... en plan de broma, naturalmente.

—¿Y qué?

—Eran muy distintas a éstas. No estaban graduadas de este modo. Recuerdo que, al ponérmelas, me mareaba, pero con éstas me mareo mucho más. Estoy dispuesta a jurar por mi virginidad que estas gafas no eran tuyas, que él no se las había puesto nunca.

—¿Pero a ti no te habían llamado entonces la atención, cuándo

se las viste?

—Claro que no. Creí que eran las mismas de siempre, sólo que se había cambiado la montura.

Apreté los labios.

—En tal caso —susurré—. ¿Por qué las llevaba al morir?

—Eso es lo que no entiendo, Elvis.

—Pues ha de tener alguna explicación. Y quizá la explicación consiste en que la montura esconde una emisora de radio. Muchas veces ocurre eso.

—¿Tú crees?

—Lo vamos a comprobar enseguida, Nora.

Torcí parte de la montura, rompiéndola, pero el sistema no dio ningún resultado. La montura era perfectamente normal y no escondía en su interior ningún secreto. Fue entonces cuando Nora se desanimó bruscamente.

—Menos mandangas —dijo—. Hay que averiguar la combinación de aquella caja fuerte y salir adelante. Lo demás no importa. A tomar por el saco.

—Quizá tengas razón, Nora —asentí—. Demos cuanto antes el golpe, si es posible darlo, y larguémonos de Los Angeles a toda velocidad. Tengo la sensación de que alguien ha decidido ya nuestra muerte. Y nuestra muerte será encargada no a un profesional fino, lo que al fin y al cabo sería un consuelo, sino a un grupo de salvajes. Si hubieras visto lo que hicieron con aquella pobre muchacha, te estremecerías. Pudieron comprarle las gafas tranquilamente, y sin embargo no siguieron ese camino lógico. Eran unas auténticas bestias sedientas de sangre. Prefirieron acabar con ella.

El panorama no era para tranquilizarse, desde luego, pero de repente produjo un chasquido con dos dedos. Acababa de tomar una decisión.

—Volveremos a aquel centro de investigación. Simplemente para despedirnos del director —dije—. Es una buena excusa. Y allí nos jugaremos la última carta.

—No sacaremos nada en limpio, Elvis.

—¿Por qué?

—Ni siquiera sabemos la combinación. Y no vamos a averiguarla pese a las fotocopias que Marlon pudo conseguir.

—Yo sé cuál es esa combinación —dije con los ojos cerrados, sonando entre mis labios una voz que no parecía la mía.

—¿Pero qué dices? ¿Cuál es?

Yo seguía con los ojos cerrados.

—Y entonces lo repetí.

—4 —8/V—

3 C

-9 —dije.

Nora palideció intensamente. Me sujetó las manos con fuerza, con una extraña fuerza en la que palpitaba la fiebre.

—Elvis... —bisbiseó.

Y añadió roncamente:

—Es la serie de números y letras que ya dijiste una vez... ¡La serie de números y letras que no has podido sacar de ninguna parte!

Yo sabía también eso. Sabía muy bien que aquellas cifras no las había podido sacar de ninguna parte, excepto del infierno quizá.

El infierno en el que debía estar Marlon.

Y me estremecí.

Pero cuando uno ha atravesado el umbral del horror, los estremecimientos ya no sirven de nada. Pronto pude comprobarlo.

CAPÍTULO VII

UNA CHICA DE CAMPEONATO

Los dos hablamos emprendido una carrera contra el tiempo.

Una verdadera banda, regida por un cerebro implacable, nos estaba persiguiendo. Y esa banda dio con nuestra pista en el barrio chicano, donde me salvé por los pelos, y dio también con nuestra pista en la tiendecilla de la chica decapitada. ¿Cuánto tardaría en encontrar el hotel cercano a Sunset Bulevar donde estábamos viviendo ahora? ¿Qué margen nos quedaba a Nora y a mí?

Probablemente unas horas tan sólo.

Por eso decidimos aprovecharlas. A primera hora de la mañana siguiente, nos dirigimos al centro de investigaciones donde estaba aquella caja fuerte que quizá no lograríamos abrir nunca, pero que yo aún no había podido olvidar.

La excusa era buena: que la desconsolada viuda de Marlon se despidiera del director. Confiábamos en que eso nos permitiría llegar a las cercanías de la caja y examinar el terreno detenidamente.

Pero las cosas, al principio, no marcharon demasiado bien. Después de pasar los controles de costumbre, nos situaron en una sala de espera donde nos rogaron que aguardásemos unos minutos. La habitación era grande, tenía un cierto aire hostil y había en ella lo que suele haber en todas las aburridas salas de espera del mundo: unas butacas, una mesa larga, unas revistas y unos diplomas acreditando que los que vivían allí eran unos tíos de huevos. Mientras maquinaba un plan me senté, encendí un cigarrillo y tomé una de las revistas.

Era un boletín de información interior. Basura pura para engañar a los ingenuos. Pequeñas fiestas sociales, diplomas entregados a los números uno de la promoción y todo eso. Leías aquella revista y no te enterabas ni por asomo de lo que realmente se maquinaba en aquel lugar. Ni puñetera falta hacía que te enterases. Pasé el paquete de cigarrillos a Nora y musité:

¿Y si fueras al lavabo? Eso te permitiría salir al pasillo y enterarte de en qué parte del edificio estamos.

—Supongo que no queda otra solución —dijo.

Y se puso en pie para salir.

Vi su mano trémula atravesar el aire.

—Elvis... —musitó.

Me había acercado mucho las piernas.

Estaba a la distancia ideal para subirle la falda.

—Aquí no, nena —dije, haciéndome el tío decente.

Pero pronto me di cuenta de que no era eso.

Su mano temblaba por otra razón.

Me estaba señalando una página de la revista.

—Elvis... —musitó.

—Ya imagino que vas cachonda y que yo soy un tío irresistible, nena —dije de todos modos—, pero ten paciencia. Cuando tengamos el dinero nos vamos a dar un lote que habrá que recoger nuestros restos con pala. —Elvis, no me has entendido... ¡mira ese hombre!

Miré la fotografía de la revista que ella me señalaba y de pronto tuve un estremecimiento que fue casi un espasmo. Porque la cara que ella me estaba señalando el detalle se distinguía perfectamente. ¡Era la cara de un tío que llevaba puestas las gafas de Marlon!

—¡Exactamente las mismas!

—¿Qué significa esto? —barboté.

Leí el pie de la fotografía: «El distinguido profesor Lumas, especialista en química celular, que se ha incorporado recientemente a nuestro equipo de investigadores». Era sólo eso. Un acto social como otro cualquiera y que hubiese pasado inadvertido para todo el mundo. Pero el detalle que Nora y yo estábamos viendo nos había dejado sin respiración.

—Son las mismas —susurró ella—, estoy segura.

—También estoy seguro yo, Nora.

—Entonces hay que ir a ver a ese hombre.

—¿Y quién sabe si vive en Los Angeles?

—Aunque viva en el infierno quiero hablar con él.

En aquel momento entró la chica. Era una mujer de siete pares de narices, una de esas mujeres cuyo simple recuerdo te hace pegar un brinco en la cama. Iba vestida con mucha discreción, pero justamente eso la hacía más atractiva, más *sexy*, más diabólicamente bonita. Uno no pensaba ni en desnudarla. Uno, que es una persona decente, se la hubiera zumbado así, tal como ella venía.

—El director les ruega que aguarden un poco más —dijo con una sonrisa—. Tiene una visita importante.

—Pues yo acabo de darme cuenta de que también tengo algo importante que hacer —dijo bruscamente—. He buscado por medio mundo al doctor Lumas y de pronto acabo de darme cuenta de que está en Los Angeles.

Le señalé la revista.

Ella volvió a sonreír.

Se acercó tanto que me metió casi la rodilla en la entrepierna, la muy maldita.

—Sí —dijo—. Tomó hace muy poco posesión de su cargo.

—¿Un cargo de qué?

—De investigador, naturalmente.

—¿Trabaja ahora aquí? Compréndalo, tengo un enorme interés en hablar con él.

—No, no trabaja aquí en este momento. Sufrió una gripe a poco de llegar y se tuvo que quedar en la casa que se le había asignado, en Wilshire Bulevar. Yo pasaré por delante de la casa dentro de veinte minutos, cuando termine mi turno de trabajo. ¿Quieren que les lleve?

—No hace falta que se moleste. Nosotros... —Por favor, no es ninguna molestia Pensé que quería vigilarnos.

Todo aquello era una especie de complicada red en la que yo no sabía de quién podía fiarme.

Pero, aunque quisiera vigilarnos, su presencia nos era útil de momento, y por lo tanto asentí. Dejamos la visita al director para más adelante. Y un cuarto de hora después rodábamos por delante del Teatro Chino, el lugar donde los astros más famosos de la

pantalla han dejado en cemento fresco las huellas de sus manos y pies, para dirigirnos a Wilshire Bulevar. Yo iba sentado delante, en el Ford Cobra de la chica, mientras que Nora iba detrás. Cada vez que aquella muñeca cambiaba de marchas, hacía premeditadamente que se subiera más y más su falda. La muy condenada me estaba demostrando que llevaba un ligero de chica del *Playboy*.

Hubiera sido hermoso meterle mano.

Olvidarse de aquel lío.

Largarse con la niña a cualquier chalet de la playa de Santa Mónica, sobre todo si los gastos del chalet los pagaba ella, porque a mí ya no podían sacarme ni una ficha de teléfono.

Llegamos a la casa donde vivía Lumas.

Buen sitio, oigan. Cuando el gobierno de los Estados Unidos decide mantenerle a uno, lo hace bien.

Una casa aislada en la profundidad de un parque. Palmeras tropicales. Una piscina. Pájaros exóticos que cantaban entre los matorrales. Y, por lo demás, silencio. Seguro que daba gusto vivir allí.

Y morir allí.

Lo comprendí en fracciones de segundo.

Los dos tipos que limpiaban la piscina se habían puesto a trabajar justo al llegar nosotros. El que limpiaba los cristales de la fachada, también. Ninguno de ellos conocía su oficio. El del aspirador, ni siquiera sabía enchufar el mango.

Miré a la chica.

—¡Acelera, Marian! ¡Sal por el otro lado!

Había una salida posterior que daba a un parque solitario. Yo podía haber disimulado, pero es que tuve la oscura sensación de que aquellos tipos me habían reconocido. Debían ser compañeros de los que trataron de acabar conmigo en el barrio chicano. Su forma de querer situarse uno a cada lado del coche fue reveladora.

Marian, la del ligero *Playboy*, aceleró.

Su instinto le había advertido lo que pasaba. Dio un brusco giro para llegar al lado opuesto.

Y entonces el tipo que estaba junto a la piscina tiró del mango de lo que me había parecido un aspirador para limpiar fondos. Sólo en aquel momento me di cuenta de lo que era: ¡Un lanzagranadas!

Yo mismo di un giro brutal al volante. Patinamos sobre dos

ruedas. El Cobra pareció salir volando hacia las aguas de la piscina mientras oíamos la terrible explosión detrás nuestro.

Aquellos tipos no se andaban con chiquitas.

No les importaba sembrar la alarma en media ciudad.

¿Pero por qué? ¿De dónde demonios habían salido? ¿Quién les daba aquella seguridad?

La metralla roció toda la parte posterior del Cobra. Nora se había tumbado en el diván posterior y gemía. La idea del depósito de gasolina alcanzado y el coche convertido en una bola de fuego me produjo una crispación en la garganta, pero no estropeó mis reflejos. Giré locamente para esquivar la próxima granada.

Marian, que había perdido el dominio de sí misma, se tapaba la cara con las manos porque pensaba que yo iba en línea recta hacia el lanzagranadas. Y no tenía valor para verlo.

Por eso no se enteró.

Tuvo la suerte de no sufrir.

La bala le penetró entre los dedos y le atravesó la frente.

Vi unas gotitas de sangre en sus uñas.

Sólo eso.

Ni una exclamación, ni un grito.

Era la segunda mujer bonita que reventaba cerca de mí.

Las guapas mueren primero.

Y aprisa...

* * *

Todo estaba ocurriendo como en una alucinación, como en un sueño sin sentido. Si llego a mirar el velocímetro me doy cuenta de que íbamos por el pequeño jardín a ciento cuarenta por hora. La casa se aproximaba a nosotros como una exhalación. Íbamos a convertirnos en polvo al estrellarnos junto a ella.

Pero, por suerte, no pensaba. Sólo me había dado cuenta confusamente de que a Marian acababa de despacharla un tipo que estaba medio oculto entre los matorrales empuñando una Luger. Traté de girar el volante para ir a por él.

Otra vez nos inclinamos, locamente Patinamos de nuevo sobre dos ruedas. Una esquina de la casa nos rechazó, mientras nos dejábamos en ella media puerta.

Y entonces lancé un grito de horror, al advertir que Marian acababa de salir despedida en la curva. Su cara terriblemente ensangrentada pareció saltar por los aires. Su cuerpo quedó como clavado en la fachada de la casa.

Pero yo ya giraba hacia el tipo de la Luger. Seguía allí, entre los matorrales. Me apuntaba fijamente, sujetando con las dos manos el arma. No sé si llegó a disparar, El tampoco lo supo.

De pronto el Cobra, lanzado a aquella fantástica velocidad, lo embistió por el centro del cuerpo. Creo que lo partió en dos. Vi materialmente huesos que se hacían astillas en el parabrisas.

Y entonces giré.

No pensaba.

No me daba cuenta de nada. Sabía que iba morir, y curiosamente eso me importaba poco. Lo único que me importaba era matar.

El tío del lanzagranadas seguía junto a la piscina. Intentó lanzarse al agua al darse cuenta de que venía a por él. De pronto, todo un flanco del Ford Cobra se le metió entre las costillas. El espejo retrovisor exterior quedó partido al hundírsele en el pecho como si fuese metralla. Lo que quedaba de su cuerpo fue hacia el agua, que inmediatamente se tiñó de rojo.

Yo ni siquiera estaba sentado en el puesto del conductor, sino al lado. Daba gas con el pie izquierdo y hacía girar el volante con las manos tendidas, de modo que tenía todos los números en la rifa de la muerte. Noté de pronto que dos ruedas giraban eh el aire, porque medio coche estaba sobre el borde de la piscina y medio coche a dos palmos sobre el agua. Sufrimos un terrible batacazo y de pronto me di cuenta de que acababa de arrancar de cuajo una palmera joven. Nora chilló de horror.

Pero mi cerebro seguía en blanco. Si llego a pensar lo que estaba haciendo, no salgo de allí. Di más gas mientras el que había fingido limpiar los cristales se lanzaba sobre el techo del Cobra.

Hacía falta ser un verdadero atleta para acertar a aquella velocidad.

Pero aquel macarra era un verdadero atleta.

Acertó.

Yo noté que mí enemigo había quedado encima porque el techo estuvo a punto de hundirse.

Adiviné lo que quería hacer.

Colocar en el techo una carga de plástico.

O bien rociar el techo de balas.

Y saltar.

Hijo de puta el tío.

Bueno, hay que ser imparciales.

Hijo de puta yo.

Porque vi el arco de la entrada y volé hacia allí. Era un arco estilo colonial, como en la vieja arquitectura española. Si yo pasaba por debajo a la velocidad que llevaba, el tío quedaría partido por la mitad. Y pasé.

El choque fue terrible.

El arco de mampostería quedó partido en dos.

A saber cómo quedaría el cuerpo del tío.

Calculé que el impacto lo había tenido en un sitio fatal: en mitad de las pelotas. Y seguro que se las había dejado de adorno en una teja.

Mejor para el gobierno de los Estados Unidos.

Así la propiedad subiría de precio.

Cuando el coche recobró la estabilidad en la calle, yo apenas recordaba lo que había sucedido. Las palmeras desfilaban vertiginosamente ante mis ojos. Todo lo que era Wilshire Bulevar, con su intenso tráfico, dio una vuelta en el espacio. Demasiado tarde comprendí que los que dábamos una vuelta en el espacio éramos nosotros.

Chocamos de costado contra una palmera.

La arrancamos.

Dimos una vuelta de campana.

El Ford Cobra se estaba convirtiendo en chatarra pura.

Nosotros todavía no.

Salí como pude y di la mano a Nora para ayudarla a salir también. Ella tenía la cara cubierta de sangre, pero parecía entera. La encontré en mis brazos y nos apoyamos uno en otro para no caer.

Y en aquel momento lo vimos.

El pájaro venía hacia nosotros. Estaba a menos de cinco pasos y no podía fallar. Empuñaba con ambas manos un revólver Phytton.

Y yo no tenía tiempo ni de rozar la FN. Iban a darme el bote.

Intenté acordarme de la primera sílaba, de la primera palabra, de la primera oración. No iba a tener tiempo para nada más.

Los dedos de aquel hombre se cerraron sobre el gatillo.

Pero no salió del cañón ninguna bala. Y, si salió, se fue al diablo. De pronto vi cómo alzaba los ojazos vertiginosamente, en una contracción que le impidió hacer puntería. Vi también que unas briznitas de su masa encefálica volaban por los aires.

Alguien se lo había cargado a menos de cinco pasos también. Durante unas décimas de segundo, no supe a quién demonios agradecer aquello.

Hasta que oí la voz.

Margit me estaba diciendo desde la ventanilla del Chevy:

—¿Vamos? ¿A qué infiernos esperáis para subir? ¿Qué quieres tú, Elvis? ¿Qué te den un masaje en mitad del capullo? ¡Arrea idiota!

CAPÍTULO VIII

SI LO ENTIENDO, QUE ME MATEN

¿Quién no se acordaba de Margit?

¿Quién había podido olvidar a la paloma mensajera de Nora? ¿La que me vino a buscar a mi importantísimo despacho de San Francisco? ¿La que hizo conmigo el vuelo hasta Los Angeles? ¿La que con sus movimientos de cadera en la última fila estuvo a punto de hacer zozobrar el avión?

Bueno, ella estaba ahora allí, y poco importaba si había venido del cielo o si había venido del infierno. Estaba allí y significaba la salvación a bordo de aquel Chevrolet con la primera ya puesta. En realidad me había salvado ya cuando le voló la cabeza al tío del Phytton.

Por lo tanto me metí allí y empujé a Nora. Caímos en el interior los dos a la vez. Y aún estábamos tumbados en el diván posterior cuando ella voló materialmente hacia Sepúlveda Bulevar, mientras muy a lo lejos, como en las películas del Kojac, empezaban a oírse las sirenas de la policía.

No paramos hasta más allá de Santa Mónica, hasta que la inmensidad de las playas se perdía en dirección a Tijuana y a México. Entonces ella metió el coche en un camino secundario donde resultábamos invisibles y apagó el motor. Margit se volvió primero hacia Nora, estaba pálida como una muerta.

Nora preguntó sencillamente:

—¿Por qué?

—Porque soy tu amiga —dijo sencillamente Margit.

—¿Pero es que me sigues?

—Esta vez, sí.

—Estás loca, Margit... Bastante lío tenemos Elvis y yo... ¡Éste no es asunto tuyo!

Yo adiviné lo que le pasaba. Por un lado no quería que matasen a Margit, pero por otro tampoco estaba dispuesta a que ella llegase a averiguar que planeábamos un robo a gran escala. A las mujeres no les gustan las competencias.

Pero yo fui neutral.

Ya me entienden ustedes.

Me las había zumbado a las dos.

En ese caso, ¿por qué iba inclinarme del lado de una y no de la otra?

—Hablemos con calma, Margit —dije—, ¿por qué estabas aquí?

—Te lo he explicado. No hace falta ser un lince para adivinar que Nora está en peligro.

Y lo que he intentado es ayudaros a los dos.

—¿Por eso nos has seguido?

—Sí, por eso.

—Pues Nora y yo te debemos la vida, Margit. Sospecho que nunca te lo podremos pagar.

—No se salva la vida a los amigos para que te lo paguen, Elvis.

—Pero en resumen, ¿qué sabes tú del asunto en que estamos metidos, Margit?

—Nada, salvo que en nuestro caso cambiaría inmediatamente de residencia No volváis al Sunset, puesto que ahora lo lógico es que os busque también la policía.

Cualquier motel de las cercanías os puede servir, siempre y cuando no durmáis dos noches seguidas en el mismo sitio.

Era un consejo razonable.

Yo conocía un motel bastante discreto llamado La Buenaventura.

Lo conocía porque me estuve picando durante una temporada a la hija del dueño.

Por lo tanto pedí a Margit que me condujese hasta allí.

Supuse que la hija del dueño ya se habría casado y se habría largado al lado opuesto del país.

Pero no. Ahora era la dueña.

Me dijo en voz baja, al entregarme las llaves, que fuese a verla aquella misma noche a su habitación o me liquidaría con una

escopeta de cañones aserrados.

Pero de momento me dejó a solas con Nora. Margit ya se había ido, prometiendo que alquilaría un coche y nos lo dejaría ante la puerta antes de dos horas, para que tuviésemos libertad de movimientos sin que nadie nos pudiese controlar. En aquel caso ni el hada madrina nos podía haber hecho un servicio tan grande.

Nora se dejó caer en la cama.

Estaba aterrada.

Había momentos en que aún le costaba respirar. —Pero todo esto, ¿por qué?— balbució.

—Vamos a intentar recapacitar —dije.

—Me gustaría que trataras de hacerlo. Elvis. Yo no. Mi cabeza no funciona.

—Veamos. —Encendí un cigarrillo y traté de serenarme, paseando por la habitación—. Es evidente que las gafas que Marlon llevaba al morir no eran suyas.

—Cierto, ¿pero entonces por qué las llevaba?

—Supongo que por una razón, Nora. Porque eran muy valiosas y él quería que nadie se las quitase. Por lo tanto era elemental que tratara de que no llamasen la atención. Y las únicas gafas que no llaman la atención son las que uno usa de una forma natural, como si fueran las suyas. En ese sentido tuvo éxito. Incluso tú, cuando la palmó de repente, creíste que eran sus gafas.

—Cierto —respondió Nora.

—Vamos al segundo punto. Esas gafas las tenía el profesor Lumas. Eran las suyas. Y las usaba en el centro de investigación donde nosotros hemos intentado dar el golpe.

—También es cierto —reconoció Nora.

De una forma maquinal, en uno de mis paseos, conecté el aparato televisor, por si daba alguna noticia que nos interesase, aunque lo dejé casi mudo. Luego arrojé el cigarrillo y continué:

—Marlon se apoderó de esas lentes por alguna razón que en este momento ignoro. Pero no era él sólo quien las quería. Date cuenta de que el profesor Lumas ha muerto. En la central de investigación creen que está enfermo, pero no hay duda de que todos los asesinos que encontramos en aquella casa no sólo habían acabado con él, sino que lo estaban registrando todo palmo a palmo. He de suponer que aún intentaban hallar esas gafas en la casa, o bien un duplicado

de las mismas, ¿por qué? Eso no lo sé aún. Pero desde el momento en que se dieron cuenta de que nosotros las teníamos o podíamos tenerlas, han estado intentando matarnos. Es como si lleváramos la muerte en el bolsillo. Las quieren a toda costa, aunque no entiendo por qué. En ellas no hay nada que valga la pena.

Las saqué y las miré al trasluz. Nada. Tonterías, eran normales. Volví a guardarlas mientras susurraba:

—Pero hace poco, mientras tú y yo estábamos a punto de morir, me he dado cuenta de dos cosas.

—¿Cuáles?

—Primero: aquellos buitres formaban una banda muy bien organizada y que está segura de obrar con una casi absoluta impunidad. A ver si logro explicarlo: Quiero decir que todo ha sido realizado, desde el ataque en aquel hotel del barrio chicano hasta hoy, como si supieran que no les va a pasar nada. Que, en caso de ser capturados, la policía se limitará a expulsarlos del país. Estoy seguro de que es eso lo que piensan. La audacia con la que han obrado no admite otra explicación.

Nora hizo con la cabeza un pensativo gesto de asentimiento. Luego preguntó:

—¿Cuál es la segunda cosa que has notado, Elvis?

—Tal vez tú te has fijado también en eso, Nora.

—No sé. Dime de qué se trata.

—Los atacantes eran árabes.

La cabeza de la mujer sufrió una sacudida, como si el impacto de la sorpresa hubiera sido demasiado fuerte para ella en el primer momento. Pero enseguida una chispita de comprensión pasó por sus ojos.

—Ahora que lo dices... —musitó—. Claro... Es cierto... ¡A pesar de todo, me he podido fijar en eso!

—Eso confirma la impresión que he tenido: obran con una casi absoluta impunidad. Pueden ser sirios, iraquíes o libios. Egipcios no. Pueden ser palestinos. En un caso u otro, saben que si son capturados las cosas no llegarán demasiado lejos. Saben que los Estados Unidos se mostrarán benévolos para no entorpecer los suministros de petróleo. En fin, que nadie va a organizar unos funerales de lujo, con repercusiones diplomáticas, para un sabio extranjero como el doctor Lumas ni mucho menos por un par de

sujetos como tú y yo.

Nora cabeceó pensativamente.

—Lo entiendo —musitó.

—Pero supongo que no entiendes lo fundamental, Nora. Podría decir que estoy oyendo tu pregunta.

—Naturalmente. Y la pregunta es: ¿qué tienen esas gafas? ¿Por qué despiertan tanto interés? ¿Por qué han provocado tanta muerte?

—No lo sé, Nora. Sabes que no puedo responderte a eso.

—Porque hay algo más, Elvis —murmuró con voz temblorosa.

—¿Algo más? ¿Qué?

—Esa especie de fórmula.

—¿Qué especie de fórmula?

—Esa que has pronunciado un par de veces. El «4-8/ V-3/C-9» o algo parecido. Eso que no sabes de dónde sale... ¡pero que no habías pronunciado nunca antes de ponerte esas gafas!

Intenté encogerme de hombros. Me zumbaba la cabeza. Sabía que lo que Nora acababa de decir era cierto, pero no quería creerlo. Para convencerme, me puse delante aquellos cristales otra vez y miré con fijeza a través de ellos. Nada. Fuera de que me mareaban porque no estaban graduados para mí, ni el diablo hubiese notado en ellos nada especial. No había la menor lógica en lo que estaba diciendo Nora, a menos que en aquellos pedazos de cristal hubiese algo de brujería.

—¿Nada? —preguntó ella.

—Una vez más: nada. ¿Aún no estabas convencida?

—¿Por qué no hacemos una cosa, Elvis? ¿Por qué no arrojamus esas gafas a la primera alcantarilla?

—Porque seguirán creyendo que las tenemos, Nora, y nos perseguirán igual. La única salida consiste en encontrar la solución: en llegar al final del túnel.

—Con nuestros propios medios no lo conseguiremos nunca, Elvis.

—Pues debemos intentarlo.

Y me volví hacia ella.

Pensaba, con razón, que ya había tenido demasiadas sorpresas. Que se habían terminado de momento.

Pero me di cuenta de que me equivocaba.

De pronto, me vi en el fondo del infierno otra vez.

Noté los ojos desencajados de la muchacha.

—¿Qué te pasa? —susurré.

Nora no me miraba.

Estaba mirando a algún punto situado detrás mío.

Y entonces me di cuenta de mi error. No habíamos corrido las cortinas de la ventana. Seguro que nos estaban apuntando desde detrás de los cristales con una metralleta.

Pero no era eso.

Nora se incorporó de pronto, dejó la cama en que había estado sentada, pasó por mi lado y dio voz al televisor. Yo me volví hacia la pantalla.

Y otra vez volví a ver aquellas malditas gafas.

Pero juro que en esta ocasión me fallaron las rodillas.

CAPÍTULO IX

TAL VEZ EL DIABLO LO SEPA

No pude más.

La cabeza me daba vueltas y estuve a punto de caer.

«Hoy hace un mes que se firmó la paz egipcio-israelí —decía la voz del locutor—, poniendo fin a un período de lucha que se ha extendido a lo largo de treinta años. He aquí unas imágenes del solemne acto en el que Begin y Sadat, en presencia del presidente Carter, estampan su firma al pie del documento que abre para los pueblos de Oriente Medio una nueva era...».

Y las imágenes lo mostraban todo con perfecta nitidez.

Era normal. Millones de espectadores lo habían visto en su momento y lo volvían a ver ahora. Nada de especial había en aquello, al margen de la decisiva importancia histórica del acto. Pero para Nora y para mí sí que había algo muy especial.

Nora farfulló:

—Mira...

No necesitaba la invitación. Yo ya tenía los ojos obsesionalmente clavados en Begin, el representante de Israel, a quien las cámaras enfocaban en primer plano. Y por eso pude darme cuenta a la perfección de que... *¡llevaba aquellas gafas!*

¡Las del difunto Marlon!

¡Las del difunto Lumas!

¡Las que (futuro difunto) tenía yo!

Si me fallaron las rodillas no fue por el miedo, sino por el asombro. De repente, todo aquel infernal asunto escapaba a mi esfera de comprensión, modesto aventurero que había llegado a ser

un abogado muerto de hambre de la ciudad de San Francisco. De pronto yo tenía en mi bolsillo algo que era una auténtica clave internacional, algo por lo que pueblos enteros mataban y morían.

Era imposible.

Mientras todo volvía a dar vueltas en torno mío, farfullé:

—Vámonos de aquí, Nora. Echaré esos cristales del demonio en la primera cloaca. Me olvidaré de ellos. Me olvidaré del golpe que pensaba dar Marlon y del dinero que íbamos a ganar. Al diablo con todo. Regresaré a San Francisco y me entregaré atado de pies y manos a los acreedores. Por fortuna, en los Estados Unidos ya no aplican casi la pena de muerte.

Y salí para ir al bar del motel y echar un trago. Al mismo tiempo quería comprobar si Margit se había dado mucha prisa y ya estaba allí el coche alquilado con el que podríamos huir.

Pero nada de eso.

La que estaba en el pasillo, aguardando a que yo saliera, era mi antiguo amor eterno, la dueña del motel.

Con una camisita muy corta.

Con unas braguitas muy finas.

Con los senos al aire.

Con una escopeta de cañones aserrados.

Me la puso en un sitio muy malo, en un sitio que yo sé.

Con el cañón derecho me apuntó la pelota derecha, con el cañón izquierdo me apuntó la pelota izquierda.

—¿Cuál disparo primero? —preguntó amablemente.

—Te advierto que ya no sirven para gran cosa...

—Eso tendrás que demostrarlo.

—¿Qué... qué pretendes que haga?

—Mi habitación está ahí al lado —dijo la caritativa dueña.

—Bueno, ya sé que la última vez te dejé a deber el hospedaje, pero...

—Me dejaste a deber muchas cosas más, cabrón.

Y movió los gatillos.

En el último segundo dije:

—¡No!

—De acuerdo, entonces vas a funcionar como no has funcionado nunca.

Y me metió en la habitación.

Yo farfullé:

—Oye, podríamos dejarlo para...

—¡A funcionar, cabrito!

No me quedó más remedio.

Ella seguía teniendo la escopeta al alcance de la mano.

Maldita sea, el trabajito que tuve que hacer no se lo deseo a nadie.

¿Saben ustedes lo que es acostarse con una tía y pensar en el señor Begin y en el señor Sadat?

Pues eso.

* * *

Nora me miró con expresión recelosa cuando volví.

Y no había para menos.

Yo arrastraba los pies.

Las ojeras me llegaban hasta el cogote.

Me temblaban las manos.

Sólo me faltaba quedarme calvo.

—Has estado mucho tiempo fuera —gruñó—. ¿Qué pasa? ¿Has ido hasta el aeropuerto para ver la lista de salida de aviones?

—He tenido un tropiezo —farfullé.

—¿Con qué has tropezado? ¿Con un vientre o con un trasero?

Es un asco eso de que Nora me conozca tan bien.

Por ello no me atreví a contestar.

Sólo susurré:

—Más vale que nos larguemos de una vez. No tenemos un minuto que perder. Seguro que el coche que nos ha alquilado Margit ya está ahí fuera.

—De acuerdo, vamos. ¿Llevas la pistola?

—¿Qué peligro nos va a acechar aquí, Nora?

—No lo sé, Ya no me fío de nadie.

—Sólo Margit sabe que estamos en este sitio, y de Margit supongo que sí que te fiarás.

—De ella sí. Es la única.

Y salimos.

En efecto, podíamos fiarnos.

El coche alquilado estaba en la puerta.

Era un magnífico coupé color rojo. Las llaves de contacto estaban en su sitio. Todo aparecía en orden. No faltaba un detalle.

Fuimos hacia allí.

Y en ese momento, cuando iba a abrir la portezuela, sonó la voz:

—Más vale que te estés quieto, Elvis Turner, maldito. Porque si haces un solo movimiento que no me guste, te vuelo la tapa de los sesos.

* * *

Ya estaba.

Habíamos caído en la trampa.

Miré a la pálida y temblorosa Nora.

¿Podíamos confiar en Margit, no?

¡Y tanto que sí!

¡A la mierda!

Volví entonces la cabeza y vi a los cinco tipos. Nada menos que cinco, o sea que no me daban la menor oportunidad. Bien vestidos, bien alimentados, bien mamados de leche negra. Llevaban unos pistolones que parecían sacados de las torres artilleras del viejo acorazado Missouri. Y éstos no eran árabes, pero poco importaba, porque sus abejorros de plomo le dejaban a uno capón igual.

Venían dos por un lado y tres por otro.

El que había hablado antes masculló:

—¡Suelta todos los petardos que llesves! ¡Vamos, pronto! ¡No te lo voy a repetir!

Mi único petardo era la FN Brownin, de modo que la dejé caer a tierra. En aquel momento me sentí desnudo y completamente seguro de que no iba a sobrevivir. De una forma maquinal intenté cubrir a Nora, para que ella tuviera tal vez una mínima posibilidad de salvarse. O que viviese unos segundos más.

Pero no nos mataron en aquel instante, como yo pensaba. Ultimamente iba de sorpresa en sorpresa, y aquélla fue una más. Me indicaron el coupé rojo.

—Siéntate ahí —dijo el que llevaba la voz cantante—. Conduce. La chica irá a tu lado. Dos hombres se sentarán detrás.

—¿Conducir? —pregunté, tratando de ganar tiempo—. ¿Y qué dirección he de tomar? —Te limitarás a seguir a aquel coche.

Entonces lo vi. Era un Cadillac enorme que estaba a poca distancia. Tres de los hombres que nos habían apresado se estaban dirigiendo a él.

—Si intentas una jugarreta, será la última que hagas en tu vida —me advirtió uno de ellos—. Síguenos a poca velocidad.

Yo sabía que no podía intentar ninguna jugarreta, porque tendría detrás a dos hombres apuntándome con aquellas piezas de acorazado. Sacarme por la boca la tapa de los sesos resultaría para ellos un juego de niños. De modo que me dispuse a obedecer, mientras los otros tres entraban en el Cadillac que estaba unas yardas más adelante.

Lo recuerdo perfectamente.

Yo no había entrado aún en el coupé.

Ellos estaban ya dentro del Cadillac.

Y fue entonces cuando sucedió.

Pero yo no supe por qué.

Tal vez el diablo lo sepa.

* * *

No oí el horrísono estampido hasta que el Cadillac, con toda su carga humana, se convirtió en una auténtica bola llameante. Sólo entonces, en fracciones de segundo, me di cuenta de que le habían disparado con un *bazooka* a poca distancia, desde las vallas publicitarias que había junto al motel, y de que los que tres hombres que antes me amenazaron se habían ido al infierno convertidos en cenizas. La bola de fuego fue tan enorme que por un momento pareció cubrir el horizonte entero.

Y supe lo que ocurriría a continuación.

Fue igual que un chispazo.

Vendrían a por mí.

No entendía nada, pero yo estaba «mascando» mi propia muerte.

Los dos hombres que aún no habían subido al coupé debieron pensar lo mismo, porque de pronto sacaron sus armas y dispararon contra las vallas. A unas cincuenta yardas se vio moverse la cabeza de un hombre.

La cabeza saltó.

Desapareció en el aire.

Pero los hombres que estaban entre las vallas también habían disparado. Al menos eran tres, aunque el del *bazooka* guardaba silencio momentáneamente. Sus armas automáticas enviaron una verdadera rociada de plomo.

Y en mitad de la rociada estaban los dos hombres que iban a vigilarme. No pudieron disparar otra vez. Lanzaron simultáneamente un grito de muerte.

Los vi apoyarse uno en otro.

Caer.

Parecían dos estatuas rojas.

Pero yo no me entretuve pensando en eso. Tenía una remota posibilidad de salvar la vida y la probé. Di un salto felino para caer sobre el arma que uno de los muertos acababa de soltar.

La sujeté con las dos manos.

Disparé febrilmente.

Otra cabeza se movía allá abajo.

Y también desapareció.

Había hecho blanco cuando vi moverse al del *bazooka*. Ése ocupaba demasiado sitio. Trataba de llegar a un lugar cubierto, donde no fuera tan visible. Y yo le envié al lugar más cubierto del mundo.

El infierno.

Disparé dos veces, abriendo las balas en un ligero ángulo. Y en medio de ese ángulo estaba la cabeza del tío.

Le oí lanzar un grito alucinante.

Las balas del Magnum 365 Special no le perdonaron. Cayó de bruces encima del *bazooka*, mientras sus dos compañeros intentaban batirme con fuego de metralleta. Vi que apoyaban el cañón en el soporte de una de las vallas.

Me lancé detrás del coupé.

Materialmente volaba. La desesperación, el saber que iba a morir, me daba una agilidad que nunca había tenido.

La primera ráfaga hizo volar el techo. El coupé saltó en pedazos a continuación, en tanto las ruedas estallaban. Tuve que pegarme al suelo mientras las balas atravesaban la estructura de parte a parte, silbando en todas direcciones, y mientras yo apuntaba por debajo del coche, siempre sujetando el Magnum con los diez dedos.

Recordé el anuncio de una película que había visto. El

protagonista mostraba su enorme revólver al público y preguntaba: «Éste es un Magnum del 365, el mayor revólver que existe. ¿Le hace feliz?. Leches».

El tío que manejaba la metralleta fue feliz. Feliz hasta la muerte.

Estaba asomando demasiado la cabeza para afinar el tiro, y la bala del revólver le voló la cabeza. Le vi girar sobre sí mismo espectacularmente. Su compañero dio un salto y trató de huir.

Tenía el coche a no mucha distancia. Vi la parte superior de la portezuela del conductor y apunté hacia allí. Le di cuerda al tío. Le dejé hasta el último segundo la sensación de que iba a poder huir.

Abrió la portezuela.

Hubiera debido colarse como una serpiente, entrando por debajo. Pero no. El idiota entró normalmente. Por unos segundos su cabeza se recortó junto a la parte superior de la portezuela, donde yo estaba apuntando ya.

Bang.

Fue igual que un ladrido de muerte. Se oyó un sordo choque y la cabeza de mi último enemigo quedó empotrada en la carrocería, dejando en la pintura unas terribles manchas rojas. Luego cayó lentamente, se derrumbó igual que una masa de gelatina, intentando sujetarse al aire.

Yo me volví.

Había acabado las balas del Magnum.

Estaba más indefenso que una rata en manos de un cocinero chino.

Y entonces la vi.

Venía hacia nosotros.

Por todas las llamas del infierno. Tenía que ser ella. En realidad, yo lo había adivinado ya.

La única que sabía dónde estábamos, la única que podía venir.

Margit empuñaba una metralleta Ingram que podía partirme el cuerpo en dos.

Y fue la mar de amable, la muy guarra.

Me la apoyó en las pelotas delicadamente.

CAPÍTULO X

SORPRESA PARA UN DESESPERADO

No hice el menor gesto de sorpresa. En realidad aquello era lógico para mí. Mientras soltaba el arma que ya no me servía para nada, mascullé:

—Podías haber hecho esto antes, Margit. Nos hubiésemos ahorrado mucha sangre.

Ella rió.

Tenía una risa viscosa y turbia.

—No estaba segura de que fueras tú quien tenía las gafas — declaró con voz opaca—. No llegué a ver bien el cadáver de Marlon y por eso no me di cuenta de que eran ésas las que llevaba puestas. Tampoco me di cuenta de que te las habías apropiado en el último momento.

—¿Pero por qué demonios las quieres, Margit? ¿Qué significan para ti?

No me contestó.

Solamente me señaló con la punta de la pequeña metralleta el Mustang en que acababa de llegar ella, un fabuloso bólido de color escarlata, muy a tono con la fiesta de sangre con la que todos lo habíamos estado pasando bomba.

—Es imposible quedarse aquí —dijo—. Esto va a llenarse de gente enseguida. Tú y Nora entrad ahí. Y tú conduce mientras yo te vigilo desde atrás.

Obedecí enseguida. Y obedecí enseguida por muchas razones, desde el no tener otro remedio hasta el sentir una maldita curiosidad por saber lo que ella tenía que contarme antes de darme

el pasaporte para el Más Allá. Por conocer la solución de aquel maldito embrollo, puesto que Margit era la única persona del mundo que podía desentrañármela, iba a ir con gusto a la fosa.

Me puse al volante y la atónita Nora se sentó a mi lado. Margit estaba detrás. Con un solo y suave gesto hubiera podido convertirme en astillas la cabeza.

—Hacia el auditorium —ordenó.

—¿Hollywood? —dije.

—Mierda. Si.

Debía estar nerviosa, y eso complicaba las cosas. A una persona nerviosa, el dedo se le va enseguida. Por lo tanto arranqué a buena velocidad, deseando no darle de momento ningún motivo para que me volara la cabeza.

Dejamos atrás aquella zona infestada de muertos y tomé la autopista de la playa. Sin volverme, pregunté:

—De modo que más tarde llegaste a saber que las gafas las tenía yo. ¿Y qué pasó entonces?

—Que intenté recuperarlas. Pero no era solamente yo la que quería eso.

—¿No? ¿Quién más?

—Los árabes.

—¿Qué árabes?

—Sirios, palestinos... —dijo ambiguamente, mientras torcía la boca—. Todos enemigos del presidente Sadat. Eran una buena banda.

—¿Y qué buscaban?

—Esas gafas, ¿no está claro?

Llegué a olvidarme de que me estaba apuntando, mascullé:

—¡Pero por todos los infiernos! ¿Por qué les dais tanto valor? ¿Qué hay realmente en ellas? ¡No hay nada, maldita sea! ¡Nada!

Margit apenas despegó los labios.

Y susurró:

—4-8/ V-3/

C-9

Quedé medio paralizado.

Tuve la sensación de estar loco.

Me pasé un semáforo en rojo sin darme cuenta y por poco no me

cargo a los dos que llevaban la pancarta en una manifestación de maricones que no sé qué pedían. Quizá el derecho al aborto.

Si me cogen, me matan. Pero peor hubiera sido si me cogen y luego me perdonan. Me hubieran hecho hacer cada cosa...

* * *

Mientras hacía esfuerzos para no perder el dominio del volante, me volví apenas en escorzo para preguntar:

—¿De dónde has sacado eso, Margit?

—¿Y tú? —retrucó.

—Del fondo de mi imaginación... Es algo que no entiendo. Son unos números y unas letras que parecen haber llegado a mis pensamientos desde el mismísimo infierno. No tiene sentido.

Ella hizo una mueca.

—Te equivocas —dijo—. Esa fórmula la has visto con tus propios ojos.

—¡Imposible!

—No es imposible, Elvis. Has visto esa fórmula con tus propios ojos, repito. La has leído en los cristales de las gafas.

Pensé que bromeaba. Hice un brusco movimiento con la cabeza, mientras tomaba una curva a excesiva velocidad. Curiosamente, me olvidé incluso de la sensación de muerte que había tenido hasta aquel momento. Susurré:

—Te estás burlando de mí, Margit. He mirado muchas veces al trasluz esos cristales, y nunca he visto nada. Son como los otros.

—Quizá hubo un momento en que no lo eran, Elvis.

—¿Qué momento?

—¿Entraste en algún sitio donde estuviese funcionando una lámpara de rayos infrarrojos?

Sentí de nuevo un estremecimiento. De pronto los recuerdos vinieron a mí como un latigazo. Mascullé:

—Claro que sí... ¡La dependienta! ¡Aquella dependienta que fue asesinada! ¡Ella estaba probando una lámpara de rayos infrarrojos cuando yo le vendí esas gafas! ¡Y me pidió que me las probara! ¡Entonces debí leer esa clave en uno de los cristales, pero no supe comprenderlo! ¡No llegué a darme cuenta! ¡Los números y las cifras se clavaron en mi cerebro sin que yo supiera de dónde habían

venido! ¿Pero qué sentido tiene todo lo que me dices? ¿Qué tenían que ver los rayos infrarrojos con eso?

—Muy sencillo. Sólo bajo su acción se hacía visible lo que estaba grabado en los cristales de las gafas.

—¿Esa fórmula?

—Sí.

—¿Y qué diablos significa esa fórmula? Supongo que tengo derecho a preguntártelo antes de reventar, Tampoco se lo voy a contar a nadie.

—Es la que puede desarrollar la idea matriz de una bomba nuclear israelí mucho más potente que las americanas. Una máquina infernal capaz de destruir Oriente Medio con una sola presión sobre un botoncito rojo.

—¿Una bomba nuclear israelí? ¿Peor que las americanas? ¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Los países árabes no han llegado a tal perfeccionamiento técnico.

—¿Y qué?

—¿No lo entiendes? Hace poco se firmó la paz entre Egipto e Israel por intermedio del presidente Carter.

—Eso lo sabe todo el mundo, pero no veo la relación entre...

—Carter conocía la existencia de esa arma y de la fórmula que permitía perfeccionarla más y más —siguió diciendo Margit con voz imperturbable—. En parte por eso hizo tantos esfuerzos a fin de lograr la paz separada entre Egipto e Israel, ya que un solo minuto de nerviosismo en aquella zona podía provocar la Tercera Guerra Mundial. Pero Carter quería estar más seguro aún, y exigió al israelí Begin que le diera esa fórmula para que los Estados Unidos, como poder moderador, pudiesen controlarla.

—¿Y Begin se la dio?

—Claro que se la dio. Claro que lo hizo. Begin desea la paz. Pero como no quería que los países árabes enemigos de Sadat, enemigos de Egipto y por lo tanto enemigos del tratado de paz, conocieran ese secreto, llevó el asunto él en persona. Nadie más que él y dos o tres sabios judíos conocían esa fórmula en apariencia sencilla, pero que puede desarrollarse horas y horas en una pizarra. Begin, decidido a que nadie más interviniera en aquello, aceptó la fórmula de las gafas sensibles a los rayos infrarrojos, que uno de sus

científicos le había sugerido. Como si aquello fuera un objeto personal suyo, las usó y luego se las entregó a Carter. Todo el mundo pensó, al día siguiente, que había cambiado de gafas, al verle con otras. Cosa normal, ¿no? Pero la fórmula ya estaba en los Estados Unidos sin que nadie lo imaginase siquiera.

Aminoré la marcha sin darme cuenta. Estaba aturdido por lo que acababa de oír. Con voz insegura pregunté:

—¿Pero el presidente Carter se la dio al profesor Lumas?

—Claro que sí, como autoridad mundial que Lumas era en la materia, para que desarrollase esa fórmula.

—¿Y dónde había de hacer eso?

—En uno de los lugares más seguros del país: el centro de investigaciones en que llegó a colarse Marlon.

—Infiernos... Lo sabes todo, Margit...

—Como sé también que Marlon, quien llegó a ver casualmente aquellos cristales a través de los rayos infrarrojos, pensó que la fórmula que había distinguido como en un chispazo era la clave de la caja fuerte. Por lo tanto, aprovechó un descuido para llevarse aquellas gafas, bien ajeno a que iba a diñarla de muerte natural muy poco después. Mientras tanto, el destino de Lumas era bastante más trágico. Un grupo de acción al servicio de los palestinos había llegado a conocer el secreto de aquellos pedazos de cristal. Sabiendo que con la posesión de la fórmula podían chantajear no sólo a Israel, sino también a los Estados Unidos, se decidieron a hacerse con ella costase lo que costase. Mataron a Lumas después de torturarlo salvajemente, intentando conocer el paradero de esas gafas, pero Lumas no lo sabía y murió sin hablar. De todos modos, algún indicio sacaron: Era muy posible que Marlon estuviera metido en aquello. Se enteraron de la muerte de Marlon y de que tú le habías retirado las gafas en el último minutó... De modo que tenían que venir a por ti. Y han estado viniendo desde que Marlon fue enterrado, muchacho...

Sonreí amargamente.

—Ellos han fracasado y tú no, ¿verdad?

—Yo no fracaso nunca.

—¿Por qué no disparas de una vez? Te sería muy cómodo hacerlo en cualquier ramal donde no haya tráfico. ¿A qué esperas? Mi cabeza puede volar en fracciones de segundo. ¿Por qué no

terminas la historia?

La estaba provocando. Sentía una especie de náusea y juro que en ese momento no me importaba morir. Pero ella no disparó. Su boca estaba torcida en una extraña mueca que era a la vez suave, maléfica y quieta.

—Desvíate a la derecha —dijo.

Nos colamos en una calle asfaltada, a espaldas de unos grandes estudios, por donde no pasaba nadie. Aquello era como encontrarse en una isla desierta, pese a las autopistas que bullían casi sobre nuestras cabezas.

Supe que había llegado el final, pero no me resistí. Frené el coche suavemente.

Para que nada faltara, había otro coche negro, enorme, detenido allí. De él salieron algunos hombres y se acercaron pausadamente a nosotros. La banda estaba al completo. A Nora y a mí nos iban a liquidar con música.

Miré sus caras. Quise adivinar en ellas lo que iba a ocurrir. Quise leer en sus expresiones una sentencia de muerte.

Y de pronto quedé sin habla.

Mi boca se abrió casi cómicamente.

¿Qué demonios era aquello?

¿Estaba viendo bien?

¿De dónde salía... un tipo como Mondale, hombre de absoluta confianza de Carter? ¿Qué hacía allí? Porque yo estaba absolutamente seguro... ¡era él! ¡Lo había visto demasiadas veces para equivocarme ahora!

¡Era como si el propio Carter hubiese venido a verme! ¡A mí!

Noté que las manos me quemaban en torno al volante. Y entonces Móndeale se acercó a la ventanilla. Me sonrió. Tendió la mano hacia mí.

—Nuestra agente especial Margit nos advirtió que era casi seguro que hoy podría traerle a usted aquí —dijo—. Y ahora que somos amigos, ¿quiere darme esas gafas? El presidente no puede leer sin ellas.

Creo que mis dedos temblaron un momento.

Se las di.

Y en aquel momento fui consciente de que yo, un estafador muerto de hambre, evitaba quizá una tercera guerra. Pero,

curiosamente, no fue eso lo que más me importó. Lo que me dejó sin respiración fue que los hombres que antes acompañaron a Margit en el motel, y que trataron de detenerme para traermelos donde estábamos ahora, eran agentes del Servicio Secreto. Que los últimos restos de la banda palestina habían tratado de acabar con ellos y conmigo. Y que Margit ¡era también un agente de la ley!

—Le dejo en buena compañía —dijo Mondale—. Gracias por todo, y si alguna vez le meten en la cárcel no vacile en escribirme.

Sin duda el pájaro lo sabía todo acerca de mí. No era tonto ni testaba mal informado. No me atreví ni a chistar.

Pero, cuando se hubieron alejado, me di cuenta de que estaba en un coche, en un sitio solitario y con dos tías. Fue Nora la que empezó:

—Cabrito, que siempre piensas en lo mismo.

Les juro que en aquel momento no pensaba en nada.

Pero Margit insistió:

—Seguro que está deseando hacernos una guarrada.

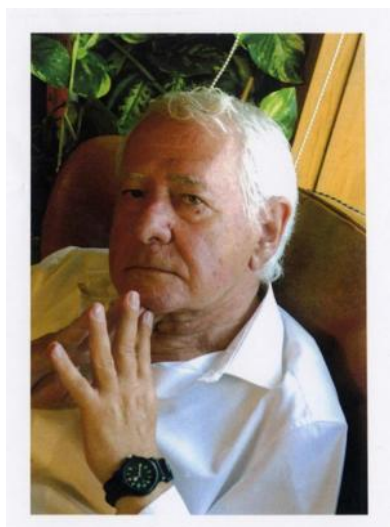
Y empezaron a mover los asientos extensibles para echarlos hacia atrás. Las dos me besaron a la vez.

Empezaron a subirse las faldas.

Y yo vi tantas curvas, tanta ropa interior fina, tanta piel sedosa, tantos sitios donde meter las manos que gemí:

—Me estoy mareando... ¡necesito unas gafas!...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Por curioso que parezca, en la mayor parte de los Estados Unidos no existe obligación de llevar documentos de identidad. Toda persona que da un nombre y un domicilio debe ser creída por las autoridades, salvo prueba en contrario, y eso provoca a veces situaciones bien confusas para la policía. Las cuestiones legales de identidad suelen resolverse mediante el pasaporte o el permiso de conducir, documento este último que es el más corriente entre las personas adultas. (N. del A). < <